

Federico Reyes Heroles

Sensé

Narrativa Hispánica



Federico
Reyes
Heroles

Sensé

Narrativa Hispánica

Federico Reyes Heroles

Sensé



SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleermex


@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial

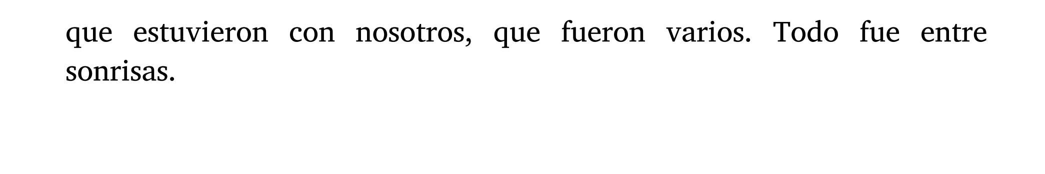
Vivir los deseos, agotarlos en la vida, es el destino de toda existencia.

HENRY MILLER

1

Hoy navego en sensaciones de ti, de mí, de ambos, de todos, navego sin un rumbo claro, tratando de recuperarte y doy vueltas girando sobre mis recuerdos y por eso voy al primero, al que creo el primero pero no lo sé de cierto, podría haber otro primero, otro principio, puede ser, pero hoy creo que ese fue el primero porque el primero y el último se tocan y allí estás siempre. Hoy quiero que el primero sea tu sonrisa, esos dientes cuya blancura me hizo prisionero, no podía dejar de mirarlos. Pero al desear hoy que sea el primero, al desear que la sonrisa sea la piedra de toque de la reconstrucción de lo mejor de mi vida, determino con mi voluntad caprichosa algunos de los trazos de esta historia… ¿acaso es una historia? O quizá todo fue una alucinación, un espejismo, una fantasía. Tampoco lo sé, pero los recuerdos ya forman parte de mi entraña y ellos son mi historia, y estoy vivo, me emociono y me entristezco con ellos. Entonces tu historia es mi historia y la llevo dentro y deberás llevar la mía contigo, dentro en ti, eso creo ahora, llevarás el recuerdo como si estuvieras preñada de mi historia. Pero ¿seré acaso una historia en ti? No lo sé, lo dudo. ¿Y cuál será el principio de mi historia en ti, cuál determinará tu voluntad que sea el primer capítulo que se toca con el último? No lo sé y quizá nunca lo sabré.

Por eso quiero que la sonrisa sea el primer capítulo, la puerta de entrada, el puente que nos unió, esa sonrisa tierna, un poco infantil, pícara pero sin malicia, quizá por eso me doblegó, pues nada malo podía haber detrás de esa sonrisa enmarcada por tu cabello rizado, juguetón y retinto, y tú sonreías con todos y yo pensaba que esa sonrisa era para mí y sólo para mí. Pero al recordarla selecciono, escojo, dejo tus ojos para después, dejo tus manos a la espera, las prefiero para otro momento porque hoy quiero tu sonrisa, tus labios delgados, tus pómulos prominentes que la acompañaban de vez en vez. Esa sonrisa con algo de ingenuidad nos guiaba a ti y a mí y a los


que estuvieron con nosotros, que fueron varios. Todo fue entre sonrisas.

2

¿Fueron muchos? No lo sé, fueron los necesarios, en eso estarás de acuerdo, porque en nuestra pasión esos otros siempre estuvieron presentes, te eran necesarios sobre todo cuando estábamos solos y entonces los invitábamos y, sin demasiadas reticencias tuyas, compartías con ellos tus encantos que se convertían en insinuaciones, como aquella noche en el restaurante antiguo cuando llegaste de otra aventura y decidimos ir a beber para que me platicaras los detalles y allí nos topamos con ellos, los inseparables hermanos, y nos invitaron a su mesa y llevabas los hombros descubiertos y tus pechos desnudos se insinuaban detrás de una botonadura intencionalmente traicionera, y tu mano tocó su brazo y él cayó en un desconcierto entendible, pues me miraba intrigado, y más se sorprendió cuando tu jugueteo se extendió también al rostro de su hermano menor, que acariciaste sin tocarlo, como si toda tú estuvieras hecha de vapor, y comentabas sus cejas y veías sus manos y fingías que te interesaban las líneas en las palmas y nos enseñabas las tuyas y hablaste mucho de ellas, de la que anuncia la duración de la vida, y por cierto en tus manos esa no aparecía, el tema te apasiona, nos señalaste la muerte que nunca miramos en las tuyas, líneas que se desvanecían en el aire, y los tres mirábamos tus brazos, que ese día observé con un leve color a madera, pero no podíamos dejar de cruzar las miradas por esos botones de la blusa blanca que no lograban ocultar tu seno y el nacimiento de los bellos pechos que sólo imaginábamos, sabías que jugabas con los tres pero que ellos dos no entendían mi complacencia, gozosa complacencia, la mutua jugosa complacencia, y tu furor era evidente a los tres, pero ¿cómo terminaría esa historia? No fue sino hasta que uno de ellos empezó a tomarse en serio tu jugueteo y fue él quien trató de deslizar sus manos por tus brazos desnudos para llegar a tus hombros, pero eras inasible y empezaste a sonreír, a mostrar esa blancura, y nos miraste fijamente a los ojos que me decían han caído

en la trampa, y bebimos más y te dejaste mirar sin recato. Los hermanos no sabían cómo continuar, porque esa noche no habría más que un gesto de despedida. Y esa noche me lo confesaste, gozabas jugar, lo dijiste con mucho disimulo, simpáticos, agradables, ingeniosos y una larga cadena de atributos que interpreté como atracción, pero ibas por otro rumbo, te habías sentido poderosa y ese poder lo vertiste en mí. Y claro, uno de ellos me buscaría después desesperado pues quería verte. No, dijiste, nunca más. Y así jugaste con él y no él contigo y tú y yo jugaríamos con él mil veces en nuestra memoria, como ahora que lo recuerdo y también sonrío.

3

Sensé, ese es mi nombre, lo dijiste en la galería, mostrando tus dientes alineados y grandes. ¿Sensé? pregunté intrigado, sin obtener una respuesta clara, no importaban los apellidos, que nunca conoceré. *Sensé* retumbaría en mi mente a partir de ese momento como una parte imborrable de mi vida, pues con sólo pronunciar la palabra un estremecimiento recorrería mi entraña, lo sigue haciendo. Ese día miré tu rostro enmarcado por una gran cabellera, que ahora recuerdo larga, y que lo envolvía a los lados, el rostro nacía de una línea que se perdía en tu cabeza y tu ojo derecho aparecía detrás de una ondulación del cabello, eso lo hacía misterioso. La ceja del ojo izquierdo, que se mostraba desafiante, se despeinaba justo al acercarse al nacimiento de tu nariz. También ese día tus ojos me parecieron de un color titubeante, por momentos arena de mar y en otros el mar mismo. Fue entonces cuando caí en tu boca, en esas delgadas líneas de tus labios que brillaban con artificio. Sensé me dijiste, segura de las dudas que surgirían en mí, Sensé formaría de inmediato un recuerdo, sin que lo supiera, era ya parte de mi ser. Sensé para siempre.

Porque además me pareció que caminabas sola por la vida, porque en ese primer encuentro en que estabas con todos y no estabas con nadie, estabas allí, pero estabas en otra parte, eras dueña absoluta de tus tiempos, seguías un ritmo interior y toda la concurrencia era escenografía de tu milagrosa presencia, ibas de un lado al otro, atendías de lejos un saludo para segundos después estar rodeada por otros extraños a mí. Fue ese día que lo noté sin conocer la explicación, al caminar flotabas, tus pies parecían lanzarte al cielo, eras ágil, te transportabas danzando, tus pies nunca te anclaban, por el contrario, parecían iniciar la marcha aun sin tu consentimiento, hasta que por fin tuve la fortuna de que en tu recorrido incansable fueras a nosotros, a ese pequeño grupo de amigos reunidos para mirar la obra de nuestro mutuo amigo pintor. Saludaste con amabilidad profesional pues era

parte de tu trabajo, eso pensé, en el fondo para ti éramos clientes de la naciente galería para artistas jóvenes, y abstractos, eso creí en ese momento, qué ingenuo, buenas noches dijiste seductora, qué les parece, inquiriste y dimos alguna respuesta tan general como precisa porque en realidad todos queríamos mirar tus ojos. Luciano, dije cuando creí tomar tu mano, pero nunca lo hice, era sólo mi deseo, tocar alguna parte de tu piel, de ti, estrechar tu mano fue, ahora que lo pienso, sólo una ilusión. Sensé, me contestaste. Y claro, al minuto ya no estabas con nosotros, atendías a otro pequeño grupo que miraba un cuadro notable en grises y ocres, con un destello de rojo que atravesaba como un delgado haz de luz. Y en tu ausencia los amigos de inmediato comentamos tu belleza, lo hicimos con discreción pues se encontraba la esposa de uno de ellos de cuyo nombre no puedo acordarme. Sensé retumbaba en mi cabeza, Sensé, Sensé…

Al final, cuando la reunión mostraba signos de cansancio, me paré frente a un cuadro intrigante como un océano café con espuma gris. Me detuve intencionalmente, pues ya era el momento de poder contemplarlo sin la molesta interrupción por la presencia de otros invitados a esa noche de inauguración, pero también exageré mi concentración para provocarte y viniste a mí con la lista de precios y por primera ocasión en mi vida pronuncié tu nombre, qué le parece me dijiste, muy bello Sensé, dije cuando la verdadera beldad eras tú, ¿podrías darme el precio en una tarjeta? Te hablé de tú, pues tu juventud se impuso en mí y me arrepentí y dije perdón, podría... y sonreíste y me miraste con picardía a los ojos, podrías está perfecto. Fuiste por ella, regresaste a mí bailando y leí tu nombre, simplemente Sensé, las dos sílabas estaban escritas por ti, lo pensé como un acto de atención personal, delicada, reflexioné, te doy mi número dijiste, saqué mi pluma y lo pronunciaste muy lentamente, para que lo escribiera, para que lo grabara en mi memoria, número por número y hubo mucho de sensualidad en la forma como lo dijiste, nunca en mi vida imaginé la potencia sensual de una voz pronunciando números, y mi memoria los grabó de inmediato justo por tu forma de decirlos. Cuando llegué a mi casa y en soledad me serví una copa de vino, mis pensamientos giraban como en un torbellino que te tenía a ti como eje. Yo, el solitario de Luciano, el que vociferaba que la soledad y el trabajo eran mis mejores compañeros de vida, yo el ermitaño por decisión, que veía pasar mujeres por mi existencia en un rápido viaje del deseo de carne, que no necesariamente de caricias, el que pasaba de la furia amorosa a la insaciable necesidad de estar solo, conmigo

mismo, con mis libros, mi música, ahora tendría tatuada en mis visiones nocturnas a esa mujer que me provocaba inquietud, desasosiego, ansiedad y un número de teléfono retumbaba en mi cabeza. Me refugié en el letargo del vino tinto, en la somnolencia que provoca, pero sin proponérmelo de mi boca salía la palabra, Sensé, Sensé, Sensé… mil veces quizá. Y así me fui a la noche sin saber que sería el inicio de otra etapa de mi vida, la mejor, ahora lo sé, regida por esas dos sílabas. Fue entonces cuando busqué sus labios para poner los míos en ellos, en los laberintos de la oscuridad imaginé la frescura de su cuerpo, imaginé todo el cuerpo, y por supuesto sus pies, pero su rostro, ya era recuerdo, no así su cintura, no así sus piernas, no así sus pechos, eso vendría después. Abrazado por la noche, pero sobre todo por la ansiedad que me consumía, olvidé lavarme los dientes, pasarme el hilo dental, poner el despertador y revisar mi agenda de trabajo. Olvidé todo porque ella invadía mis pensamientos, y por más esfuerzos que hiciera, sabía que estaba derrotado, no me esforcé mucho, decidí que era un gozoso prisionero de esa mujer.

4

Caminamos por el parque y allí me lo dijo, me lo advirtió, lo declaró y comenzamos a frecuentarnos cuando ella así lo disponía, cuando me llamaba, así pasaron semanas, dolorosos meses y la reservada Sensé iba y venía en mi vida, en mi memoria, pero no lograba fijar su imagen, atraparla en definitiva. Retornaba a mí en imágenes confusas, por eso cuando teníamos algún encuentro trataba, con algo de obsesión, de retener el color de sus ojos o la forma de su cabellera, pero horas después, ya en soledad, no la encontraba en los registros de mi desesperada memoria. Pensé que nunca cruzaríamos el umbral, que no iríamos más allá, que jamás me permitiría tocarla, pero la esperanza estaba ahí. Por eso un día me sorprendió, sin más me propuso salir juntos de la ciudad, viajar solos. El desconcierto me invadió, estaba convencido de que Sensé y yo habíamos llegado a la cima de nuestra relación, que era sólo contemplativa, y yo era feliz así, con sólo mirarla, observarla, tratando de retener en mi memoria sus expresiones, su cabellera desbordante y sorpresiva, los aromas de sus muy distintos perfumes, no deseaba más y, con mi trato afectuoso pero distante, se lo había hecho saber, no intenté tocarla, ni ella a mí, ya vendrá el momento, pensaba, pero justo entonces llegó su desconcertante propuesta.

Era la primera ocasión en que nos aventuramos a pasar juntos dos noches. En la ciudad hacía fresco, pero conforme fuimos dejando los bosques de oyameles y encinares la temperatura comenzó a subir, la luz del poniente nos caía de frente y tú, Sensé, decidiste sin inhibición alguna comenzar a quitarte prendas, primero fue un saco con algo de lana que ya estorbaba, después un suéter, lo que me pareció lógico, pero de pronto vi que movías tus brazos de manera extraña y un delicado brasier con calados salió de tu blusa para ir a tu bolsa. La operación, que a todas luces había sido practicada en múltiples ocasiones, no te mereció ningún comentario. Con toda ingenuidad me

dije, con Sensé ahora las cosas irán muy rápido. Qué equivocado estaba, qué mal leí tu forma de ser, no sabía quién eras o cómo eras, debí saberlo, me lo habías advertido, de hecho todavía hoy no lo sé, ya nunca lo sabré. El calor aumentaba. De pronto te quitaste los zapatos del trabajo y pude de reojo ver tus pies desnudos, por favor no voltees, dijiste, contente, me dije, hoy pienso que ese dicho fue una provocación, y entonces me percaté de que tu pantalón vaquero salía de tus piernas que estaban a mi alcance, a centímetros de mí, pero me resistí a mirarlas, el asunto era serio, vi luciérnagas volando dentro del coche, y el lugar lo ocupó una diminuta falda blanca, las lucecillas me impedían ver el camino, se multiplicaban sin cesar, me dio miedo perder el control del vehículo, de mí mismo, me encontré haciendo un gran esfuerzo. Al final te calzaste unas sandalias adecuadas para el calor. No sabía qué pensar, no sabía con quién estaba, nunca nos habíamos tocado, pero el recato que había supuesto como su norma de vida ocultaba a otra Sensé, arrojada, desinhibida, era otra mujer y no sabía qué esperar de ella. Reservé dos habitaciones contiguas en el solitario hotel del viejo pueblo minero, para no apresurar el paso. Cenamos viendo la magnífica iglesia del siglo XVIII y Sensé me platicó un poco del trabajo y de sus retos profesionales, pero algo me dio la impresión de que todo era un invento de ese instante, no me importó, me engañabas y me dejaba engañar. Elegante y cuidadosa, así era la licenciada en Historia del Arte que me había trastornado desde aquella noche en la galería. Me despedí de ella inclinando la cabeza y caminó sola a su habitación. ¿Quién era esa mujer? En ese momento no recordé lo que me habías dicho en el parque.

Al día siguiente, después de un saludo distante, más de trámite que de otra cosa, caminamos por el pueblo envuelto en un calor infernal. Sudábamos y te recogías el pelo para ventilar tu cuello. ¿Tu cuello o su cuello? Ella me hizo observaciones sobre los arquitectos que habían intervenido en la gran iglesia, todo parecía encaminarse a la relación de dos personas maduras y, en ese minuto, sudorosas. Así llegamos al hotel con ánimo de refrescarnos en la alberca enclavada en la montaña, al centro de algunos cuartos. Minutos después apareció ella ¿tú? en la terraza con la prenda de baño más ligera que he visto en mi vida. Se recostó con un libro en la mano y llegué a acompañarla con un par de cervezas. Eres muy linda, dije y me sentí un estúpido. ¿Linda? Guapa, atractiva, no linda. Ella sonrió con cierta frialdad. Después de unos minutos de artificial lectura de mi parte, caímos en la cuenta de que cuatro o cinco varones la observaban de lejos,

fijamente, pero silenciosos. Motivos tenían de sobra.

Sin más, Sensé se quitó la prenda superior y nos dejó contemplarla y sin alteración alguna siguió leyendo su libro. Lo leía mientras yo tropezaba línea a línea. Sensé comenzó a frotarse las piernas, lentamente, una con la otra, puso a reposar el libro y subió los brazos, miró al sol, dejando ver sus axilas limpias, blancas, perfectas, fueron muchos minutos, no había prisa, los extraños se acercaron un poco, guardaban silencio sepulcral para no interrumpir una extraña ceremonia en la cual el próximo rito consistió en que Sensé se colocó sus anteojos oscuros y caminó semidesnuda por esa solitaria alberca hacia al pretil que prevenía de la barranca, allí nos dio la espalda para un acto de observación colectiva pero disimulada, de gozo compartido, sin mezquindad alguna, generosa, de pronto gimió y con las gafas negras nos miró de frente. Ella veía, eso creo, que los desconocidos devoraban su cuerpo, sus pechos, y que yo volaba atrapado por un vértigo producto de la belleza y de su actitud hacia la vida, había que ir a ella donde estuviera, vértigo por una disposición al gozo que rompía cualquier esquema, la gozaban y lo gozaba. Sin prisa se metió al agua y me llamó, acudí de inmediato, ella miraba las edificaciones antiguas de lejos, recargada sobre el muro de la alberca con la barbilla sobre sus brazos. Me señaló con su índice derecho, ves aquel templo, pues es San Lorenzo, el santo de los mineros. Es muy lindo, y al escuchar mis palabras me volví a sentir un estúpido. Un santo no puede ser lindo. Sensé trastornaba mi mente que daba vueltas, pues su desnudez casi total a centímetros de mi cuerpo, el generoso y voluntario espectáculo gratuito que nos brindaba, me había transportado muy lejos de los rituales cristianos. Decidí no tocarla, no insinuar nada, permanecer en silencio tratando de digerir una emoción novedosa a mis 34 años, ella iba un paso adelante y lo sabía, eso era parte de ella, sabía que su cuerpo y su belleza eran ineludibles, consubstanciales, una parte de su ser como lo eran sus piernas o sus manos o sus rodillas. Ella se vivía toda a sí misma, era consciente de los movimientos de sus brazos, que parecían elevarla, de la figura que proyectaban sus piernas, de la coquetería de su torso erguido y desnudo, era consciente del poder que ejercía sobre nosotros.

Decidimos ir al comedor, me pidió le acercara su bata, la deslicé por sus brazos viendo de cerca su espalda, fuerte, ejercitada, se reclinó y se sacó la otra prenda sin que yo mirara un milímetro más de su notable existencia. Nos vemos en el comedor, dijo y se fue como

flotando. Yo llegué primero y pedí un aguardiente frío, pues ardía. En esas estaba cuando de pronto entraron los cinco caballeros que habían sido beneficiarios gratuitos del bellísimo espectáculo. ¿Fue un montaje o fue algo natural? Pero así eres, Sensé. Me saludaron de lejos en aquel comedor casi vacío, muy discretos, supongo que con algo de pena que al principio compartí, pero bastó con que unos minutos después entrara Sensé pisando nubes con sus sandalias, con la suavidad de un ángel, con su falda cortísima que mostraba sus piernas asoleadas, sus brazos al aire y una blusa de una ligereza provocadora, quizá para que todos buscáramos las transparencias, y sin más dirigió su mirada con gran seguridad a la mesa y les lanzó con aplomo, buen provecho, para que fuera claro quien llevaba el timón. ¿Cómodo? me preguntó al sentarse, sí, mucho, dije sin dudarlo, en el entendido de que no hablábamos de las sillas. Aunque la sangre me hervía había decidido no tocarla, porque esa mujer, además de bellísima, era el ser femenino más intrigante con el que me había topado en mi vida, Sensé era un indomable huracán que enloquecía mis sentidos, me despertaba de un letargo sin fecha de inicio, su vitalidad me sacudía, me lanzaba una formulación novedosa de mi existencia. A lo más que llegué fue a decirle, Sensé, me encanta tu nombre, ella sonrió y aparecieron esos dientes blancos y perfectos, allí estaba esa sonrisa que he decidido como primer recuerdo. Admito que ese fin de semana no entendí tus múltiples misterios, pensé, desinhibida, exhibicionista, protagónica, qué lejos estaba de entender tu código, si es que algún día lo hice, qué lejos estuve de descifrar tus misterios, si es que alguien lo puede hacer. Qué tonto fui, qué burdo. Sin embargo, ya en el silencio de mi casa, reflexionando mil veces en la escena, creí comprender que gozabas esos lances con extraños, que gozabas dejándote gozar, que eras consciente de tu belleza y del poder que te daba. Lo pensé mucho antes de proponértelo, era muy arriesgado, pero después de aquel espectáculo compartido por voluntad tuya, por iniciativa tuya al desprenderte de una pieza y mostrar sin inhibiciones tu cuerpo, al compartirlo, en silencio me habías dicho algo, arriésgate. Yo no me podía quedar atrás, era parte del pacto entre los dos, de eso hablamos en el parque y lo olvidé, rompe con tus barrotes mentales, no soy tuya, soy de quien quiera gozarme, por eso una tarde te miré a los ojos y te propuse, tengo un amigo que es gran fotógrafo, tiene toda mi confianza, me gustaría que te hiciera una serie de desnudos, me miraste con algo de asombro y un segundo después dijiste claro, lo haré por ti, por mí, por él.

5

Al día siguiente de nuestro primer encuentro en la galería, después de aquella noche celestial e infernal a la vez en que la palabra Sensé salía de mi boca sin preguntar y la imagen de su rostro no desaparecía ni con los ojos abiertos, decidí regresar al lugar. Por supuesto que deseaba topármela, poder verla de nuevo, olerla, contemplarla. El cuadro estaba allí, pero a ella no la encontraba, en una búsqueda disfrazada de naturalidad, hasta que decidí preguntar. Perdone, ¿se encuentra Sensé? Un joven muy delgado, de vaqueros negros y anteojos muy modernos, me miró con extrañeza, de inmediato y con seguridad, me contestó, no, ella sólo aparece de vez en vez. O sea que está y no está, estaba y no estaba. Saqué de mi bolsillo con cierto asombro la tarjeta:

Sensé
y los números escritos con mi letra,
2271 4553

No había nada más, ni el logo de la galería, ni una dirección, ni siquiera un apellido. El encuentro semicasual en la galería era una forma muy cautelosa de aproximación. Llamarla al día siguiente era arriesgado por una posible mala interpretación a la cual ella tenía todo el derecho. Yo era evidentemente mayor que esa mujer, que no llegaba a los treinta años. ¿Qué hacer? Por la noche me atreví, le envié un mensaje: *Sensé, soy Luciano Talbek, la persona interesada en "Transfiguración casual" de Macotela. Si puede regréseme el mensaje, lo agradeceré"*. Pensé que hablarte de usted rectificaba mi error inicial, podía dar garantía de seriedad, en fin, quizás era una tontería. Pero de pronto, como a los diez minutos, sonaron las campanas de mi teléfono, en la pantalla se leía Sensé. Cómo está, me habló de usted, o sea un paso atrás, con ella debes caminar con gran lentitud, me dije, que su juventud no te confunda.

La locura comenzó. De nuevo esa fuerza centrípeta que me llevaba sin control a su voz, al rostro que recordaba con obsesión pero cada día con mucho menor nitidez, a su imagen caminando sobre las nubes, a su gracia, a su fuerte frescura, a su irreverente seriedad. Atrapado por una palabra, Sensé, dos sílabas, Sensé, me estremecí. No sabía qué responderle, el cuadro me daba lo mismo, no andaba para gastos, pero ella me sacudía la entraña. Qué me ocurría, debía tranquilizarme, quería verla. Usted qué piensa sobre la pieza, soné muy profesional. Respondió a la altura, depende de qué tanta emoción le provoque. Derrotado, ninguna. La emoción venía de ella. Quedé callado. Sensé, salió de mi boca y guardé silencio. Creo que sonrió. Si le parece nos vemos en la galería y platicamos sobre el cuadro. Sensé, estuvo a punto de volver a salir de mis labios. De acuerdo: ¿martes a las once? Preguntó.

De seguro sospechaba algo, y mis alucinaciones comenzaron. Llegué al despacho y el legajo me pareció una pesadilla, un párrafo era un naufragio, no digamos una foja. Comparar legislación en la pantalla era criminal para el alma. Observé los rostros de mis compañeros de trabajo, eran grises como siempre, me pareció normal hasta que pensé en ella, en Sensé. Sensé de nuevo, concéntrate, Luciano, no puedo, Luciano, Sensé me invade, me trastorna, deseo que sea martes. Cómo explicarlo, quizá necesitaría escribirlo, tratar de describir el torbellino que me tiene atrapado. Doy vueltas o acaso todo da vueltas alrededor de mí. Sus labios delineados y con las delgadas líneas desaparecían de mi memoria, son suyas con naturalidad como todo en ella. Sensé, por favor déjame trabajar, déjame concentrarme, déjame ser yo mismo otra vez. No, no, no me dejes, hacía años que no vivía con tanta intensidad, no, Sensé, eres lo mejor que me ha ocurrido en la vida aunque me vuelvas loco, quédate, mejor ven, déjame por lo menos estar cerca, verte de vez en vez, contemplarte, te prometo no molestar, permíteme acompañarte en tu espiral, te prometo ser sin estorbar. Dime que sí, no pido nada más, dime, tus ojos son de arena o de mar, cómo son tus brazos y tus piernas, cómo eres además del rostro embrujante que te presenta en sociedad. Hasta ahora sólo sé que eres dos sílabas mágicas que como un imán me arrastran hacia ti. Eres un número de la esperanza porque sin él no sabría nada de ti. Tu cabello ¿es rubio?, pero algo guarda de oscuro, o quizá ya estoy alucinando. Necesito verte, verte de nuevo. Martes. Martes 19 a las once, martes es la posibilidad de la encarnación del deseo.

6

Fuimos a su estudio en una mañana lluviosa. El acuerdo con él era una serie de desnudos. Ella aceptó de inmediato, por qué no, lo haría para hacerme gozar a mí, para que Sebastián la gozara y también porque ella lo gozaría. Mi amigo el fotógrafo, Sebastián, la esperaba (nos esperaba) en su estudio, un espacio amplio en un segundo piso, ella llevaba el pelo más corto y vestía unos pantalones blancos ceñidos y unos huaraches ligeros que mostraban sus uñas perfectamente recortadas y limpias. Una blusa también en un azul muy tenue remataba en una mascada en forma de collar. Se sentó en un banco con un pie en el piso y el otro apoyado en la unión de las patas. Así comenzó la sesión, ella se quitó los huaraches y él se concentró en los pies desnudos que dejaban ver venas y ligamentos, el talón levemente endurecido, los dedos quebrados frente al empeine, fue él quien dio el próximo paso, por favor ábrete la blusa y ella entendió de inmediato que era un ritmo progresivo, la abrió lentamente, botón a botón, y al llegar al último separó los extremos de la prenda, destacó su ombligo, pero guardó sus pechos, después desanudó la mascada y dejó caer las puntas sobre ellos, sólo así se quitó la blusa, pero entonces apareció el contorno y mi amigo el fotógrafo empezó a girar, pues por la gracia de sus movimientos Sensé parecía una profesional que sabía guardar una cadencia y por eso ocultó los pezones abotonados y pequeños o quizá medianos y muy oscuros, quizá claros grandes y con un pequeñísimo volcán al centro, pero su torso fue motivo de decenas de fotografías y él se acercó a Sensé para tomarla desde el piso mientras ella movía sus brazos con lentitud como acariciando el cielo, dejando ver sus costillas que formaban una U hacia su esternón. Y de pronto, todavía con la mascada sobre los pechos, aflojó el cinturón y abrió el pantalón, lo dejó caer lo pisó para poder salir de él con elegancia y así aparecieron unas bragas delgadas. Sensé, Sensé, pensaba a la distancia, lo estás gozando, y él también lo está gozando y yo también lo estoy gozando,

Sensé, estarás en su mente y en la mía y nosotros tocándote con nuestros ojos estaremos en la tuya, Sensé regresa al banco y se desprende de la mascada y mi amigo enloquece con los pechos al aire, pero ella atraviesa los brazos sobre su seno y cruza las piernas sabiendo que sólo le queda una prenda, sabiendo que el fotógrafo y ella están solos en eso, en esa aventura de la imagen, de capturar y ser capturada, de gozar la cacería y gozar de ser la presa, en compartir conmigo su furia, Sensé levanta los hombros, da un paso y se desprende de la pequeña braga, desnuda camina a su gran bolso y saca unos guantes negros y una máscara de ritual indígena, regresa al tapete de fibra natural y se recuesta en el piso, mi amigo tiene la entrepierna en la mira, pero ella ahora porta guantes y la máscara cubre su rostro, ella escurre, el también, y ocurre lo que debía ocurrir, que nunca sabré si ocurrió porque no estuve allí, aunque Sensé me lo platicó.

7

Entro a la galería y sin pensarlo demasiado pregunto al mismo joven por Sensé, me responde no sé, con algo de asombro y molestia por la insistencia. Para qué preguntar, es una ruta a ninguna parte, no trabaja allí, o por lo menos no de manera permanente, no está ese día, él no tiene por qué registrarla como parte del mobiliario o de la obra de arte, para todo fin práctico no existe. Pasan los minutos y cierta inquietud me invade, me paro frente al cuadro tratando de fingir gran interés hasta que por fin aparece ella en el umbral de la vieja casona transformada en hogar de los abstractos. Sólo veo su silueta a contraluz, lleva una falda larga hasta el piso, pero con una abertura lateral que le llega a la cadera, al caminar deja ver el perfil de su pierna, me sorprende al mirar el efecto de sus pasos, llevo mis ojos a su torso y miro un movimiento, el de sus pechos debajo de una camisa de manta muy holgada con pliegues verticales. No saluda a nadie y nadie la saluda, no existe, supongo que es por familiaridad, me ve a los ojos y así me saluda y ahora su cabello es lacio y oscuro y sus ojos me parecen azulados, no color arena, pero es la misma, con gran aplomo me lleva a mirar otros cuadros y me señala matices de conocedora. Al inclinarnos a ver la fecha junto a la firma en uno de ellos, nuestros rostros se aproximan y respiro con profundidad para llevarme todo su olor, llevarlo en mi cerebro, en mi memoria, ella se percata, se acerca más, se acerca mucho y pronuncia una palabra en francés que no reconozco, asiento como si todo fuera muy claro, supongo que es la marca del perfume, Sensé me deja mirarla sin recato, no se aleja, no mueve la mirada, sabe que la estoy gozando, sabe que el cuadro no es de mi interés, que en realidad es ella la que me convoca, no huye, incrementa su provocación y sonríe y al hacerlo delata el juego que habría de atraparme, de marcarme, de torturarme con tan sólo pensar en su ausencia. Al incorporarnos nuestros ojos quedan a la misma altura, parpadeo con cierto nerviosismo, ella

gobierna hasta sus párpados, me queda claro, ella marcará el rumbo y llevará el timón. Así empezó la caminata, lenta caminata, hacia el gran parque de nuestra ciudad. Sin decir demasiadas palabras, no recuerdo ninguna si es que las hubo, caminando, me lo dijo y no le creí.

8

Mientras ella lo montaba sacudiendo su cintura sin concesión alguna, pensé en la parte posterior de sus rodillas, ese lugar del cuerpo que siempre permanece plegado, pero que es suave y hermoso, y pensé decirle a él, a Sebastián, no olvides tocarle allí también, ese es un tesoro olvidado, fue cuando me desperté empapado en sudor y con el corazón agitado. Sensé de nuevo, me tenía sojuzgado, era dueña hasta de mis sueños, Sensé, Sensé, Sensé, Sensé…

9

No estuve allí y sin embargo mi mente no me deja tranquilo, la imagino, lo imagino a él con el aparato entre sus manos, viéndola a través de la lente, buscando el mejor momento, el mejor ángulo para poder apretar el obturador, en esa búsqueda no estaré nunca, veré las fotografías y gozaré el resultado, pero la mejor parte la llevó Sebastián, pues sólo él realizó toda la travesía, recorrió todo el sendero, cruzó todo el bosque, subió a las colinas y bajó a los valles. Yo veré las tarjetas postales que él decidió guardar, las vistas y panorámicas que, de acuerdo a su estética y emoción, más la representan, me enseñará el álbum de su viaje y escucharé sus voces o por lo menos la suya, mira, aquí a lo lejos se ve el pico de nieve permanente, y no verás nada que te emocione, el río, como te dije, llevaba agua de transparencia total, fantástico, no se ve muy bien en la foto, y tú, Luciano, te quedarás impávido, pero sabes a lo que me refiero, te dirá con amabilidad, transparente, pero el paisaje del que me hablará Sebastián con sus cielos de un azul inigualable —como siempre dicen los viajeros, nunca antes vi algo así, jamás he vuelto a ver algo similar, etc., etc., lo que uno vive es único e imposible de comunicar, te lo perdiste y tienes que admitirlo—, por eso el azul contrasta con el blanco prístino, intocado, de las nieves, pero ahora es el rostro y el cuerpo de Sensé lo que está en juego. Yo seré el pasivo espectador que asentirá diciendo, qué bello, sin sentir jamás la emoción original. Tonto, me reclamo, en esto el gozo mayor lo lleva el viajero y tú lo hiciste durante muchos años de manera semiprofesional junto a Sebastián, que se iniciaba en el oficio, tuviste un equipo muy decoroso que tienes arrumbado por flojera, por falta de motivación para usarlo, porque te invadió el gris, porque dejaste de sentir emoción hacia todo, incluida esa actividad que te apasionaba, tu cancelación como fotógrafo es sólo un capítulo más de tu cancelación vital, construiste tu cuarto oscuro donde pasaste días enteros

refugiado en tus negativos que hoy son la prehistoria, Sebastián te visitaba y juntos comentaban y hubo desnudos inolvidables como los de aquella compañera ecologista que usaba calcetas rayadas de colores, eso nunca lo podrás olvidar, ella aceptó gozosa la propuesta de los jóvenes fotógrafos y su única solicitud fue que la hierba la pusieran los propios fotógrafos, y allá en el bosque, por donde están las represas y los dinamos, en un paraje hermoso, Gabia se desnudó para ustedes, que fueron los más felices, no cabían en el mundo, lo recuerdas, Luciano, nada que ver con la experiencia a través de los ojos de Sebastián, empiezo a tenerle celos, yo, Luciano, la quiero fotografiar, quiero recorrer con mis ojos y mi óptica a Sensé, toda ella, no seas envidioso, Luciano, no, si lo soy, por supuesto que lo soy, envidioso y decidido a encontrar una solución, no voy a vivir con la envidia, pude fotografiarla y hacer el viaje con ella y sin pensarlo, o más bien atrapado por el gris, cedí mi dosis de emoción a Sebastián, nunca más, yo habré de fotografiarla y sólo así no guardaré imágenes aisladas y asépticas de otro viajero, de otro coleccionista, sino un enorme baúl de recuerdos con aromas, posturas, risas, luces, incomodidades, situaciones penosas, intimidades involuntarias, todo mío y sólo mío. Hoy mismo recuperaré el equipo, lo modernizaré, me prepararé para el encuentro. Se lo diré con suavidad, Sensé, yo también fotografío, hasta allí y poco a poco llegará la ocasión. En este momento Luciano le tiene envidia a Sebastián, lo admite, lo admito. Soy envidioso y Sensé lo ha provocado, envidioso y posesivo, a recorrerla toda, a atraparla, a hacerle muchos clics que serán míos, me escuchan, y sólo yo podré platicarles del viaje.

10

Cierta noche lluviosa, mientras cenábamos tranquilos con algo de vino rojo en un pequeño restaurant de moda, notamos cómo, en una mesa no muy distante, un hombre muy joven, un muchacho, miraba fijamente a Sensé, ese día ella llevaba el pelo largo, rojizo y enloquecido, que parecía no responder más que a un capricho que estaba mucho más allá de la voluntad de Sensé, no así el escote muy pronunciado en un largo y delgado triángulo que bajaba por su torso. El muchacho se dio cuenta de que sus miradas habían sido capturadas y empezó a mover las piernas perdiendo el control frente a sus nervios evidentes, como queriendo golpearse las rodillas, Sensé le sonrió y al terminar su plato se limpió la boca, se levantó, sin decirme nada fue a su mesa. Él se paró de inmediato con cara de perro regañado, pero poco a poco fue cediendo, hasta que Sensé lo condujo a nuestra mesa, le acercó una silla, lo saludé con menos asombro que el de él, ya también era prisionero. Luciano, dije, y le extendí la mano, era más joven de lo que previne, y entonces ella le preguntó su nombre, Lucas, dijo él apresurado y lanzó un apellido que mi memoria borró de inmediato, Sensé llevó la plática, pidió una copa y le sirvió vino con generosidad, pedí otra botella, pues imaginé una larga noche, Sensé le preguntó por su edad, 22 años, dijo él y ella lo miró fijamente para embrujarlo, llegaron unos quesos y ella le preparó una serie de trozos de pan que colocó con elegancia sobre un plato, Lucas debía degustar en orden, yo sonreía y gozaba a la gozosa de Sensé, su escote jugaba con la mirada de Lucas, que muy nervioso no entendía nada, lo comprendo pues yo mismo no sési de verdad lo he comprendido, si de verdad eso existió o lo imagino. Él comentó sobre sus estudios de diseño y ella sobre el delgadísimo collar de plata que entraba por el escote, míralo bien, le dijo, él fijó la mirada en la pieza e inevitablemente en la piel de Sensé, en su seno, en esa parte íntima que ella compartía, yo sonreía, velo de cerca, el rostro sudoroso del

muchacho se acercó al cuello de Sensé, ella insistió, más de cerca, le dijo, y él acercó su cara a los territorios de perfume que yo conocía. Lo miraba y me miraba en él. Las mesas de al lado ya también registraban el bellísimo espectáculo, como cuando dos aves se cortejan, como cuando una pareja se besa en la vía pública, como una escena romántica en el cine, el único que no venía al caso era yo, pero ellos no podían saber de mi gozo al verla en plenitud, desenvolviendo todos sus artificios, explotando sus múltiples vetas femeninas sin inhibición. Lucas ya era su presa de caza, sus miradas lo desnudaron, la belleza lo había cautivado y por supuesto todo mundo nos preguntábamos qué sigue, cuál es el próximo paso, porque todo cortejo conduce a un clímax. O acaso Sensé sólo estaba jugando con el muchacho. Por qué lo hacía, acaso por perversa o malvada, pero no, Sensé gozó cada instante, eso sólo lo sabía yo, Luciano, que flotaba en el aire volando en círculos como un águila, buscando aire caliente para ascender. Y cuando Lucas, con cierto sentido de prudencia, decidió retirarse, después de las muchas sonrisas entre Sensé y yo —en las cuales en algunas ocasiones nos había acompañado sin entender demasiado—, fue ella la que le pidió su teléfono, ¿te puedo llamar?, le preguntó, ante el rostro atónito del joven. Nunca supe si le había llamado, nunca pregunté y la hubiera entendido porque la juventud de Lucas, su inocencia y seguramente su piel y su furor debían ser algo muy atractivo para una mujer. Lo que haya sido es lo de menos, Lucas fue nuestro, por lo menos esa noche, y Sensé floreció.

11

De pronto quise saber dónde vivía, dónde se bañaba, dónde dormía, cómo eran sus muebles, su decoración. Los misterios eran demasiados, nunca hablaba de sus padres o de hermanos o de amigos, tampoco le interesaba demasiado mi vida. Era muy amable pero no quería profundidad, el momento gobernaba todo, pero el solitario número me provocaba una sensación de fragilidad. No quería una llave de su departamento —¿era un departamento?—, era simple curiosidad. Ella rechazó suavemente visitar el mío, yo tan orgulloso de mis libros y mi música, de algunos cuadros y de mi silla ergonómica, caí en cuenta de que por allí no iba la conversación con ella. No insistí. Sensé hablaba por los ojos, por el cabello mutante, por el ritmo de su andar que provenía del ballet, eso supuse, por el movimiento de sus brazos como alas, todo hablaba de ella, por ella, aunque no se pronunciara una palabra, su ropa era una forma de lenguaje del día, delataba su estado de ánimo, su jovialidad o en ocasiones su distancia. Era anticuado pretender una presentación formal de los aposentos, los amigos eran inútiles, los míos comenzaron a protestar, la guapa de la galería, así le decían, ya es tu dueña. Nunca te vemos, lo intuí y nunca le propuse salir con amigos, pues la única ocasión en que nos topamos con un par en la calle, Sensé los administró de tal manera que quedó escrito en piedra que ella no estaba dispuesta a perder un minuto de su vida por tratar con eso que ella llamaba “gente” con cierto tono despectivo.

Además, la intensidad de su propuesta no permitía mucho más. Ella tomaba clases de yoga que yo había abandonado años antes, me sumé sin invitación expresa y no sé si con cierta molestia de ella. En el grupo sólo había tres varones, un hombre canoso y con sobrepeso y un individuo en los treinta como yo, pero fornido, muy ejercitado, que se veía con mucho tiempo para dedicarse a su físico. Las mujeres eran mayores y digamos que lejanas a la vida deportiva. Cuando Sensé

hacía a la perfección la postura del perro hacia abajo, con el torso sólo parcialmente cubierto y sus brazos desnudos, los tres varones la mirábamos pensando, eso creo, en algo muy distante a la salud. Cuando Sensé iba a la media pinza o a la rueda, los tres recorríamos su perfil. Sus costillas y su vientre aparecían de nuevo como actores centrales de la estética de su cuerpo, sus axilas y su espalda muy firme eran protagonistas de la sesión. La vida de Sensé era muy intensa. Explicarlo suponía entrar en terrenos resbaladizos, iba mucho más allá de las hormonas que bailaban enloquecidas por quienes la gozábamos. Sensé despertaba los sentidos, daba vida a la mirada, a los olores, a la estética de las posturas, ella envolvía con intensión de gobernar, es cierto, pero sobre todo de recordar la belleza. Quizá por eso mi amigo el fotógrafo siempre me preguntaba por ella con gran insistencia, porque le dio vida y eso se agradece y se puede convertir en necesidad, lo sé, a partir de que salí del gris, después de caer por primera ocasión en el bellísimo vértigo que Sensé provoca en mí, sólo quise regresar a él, al torbellino que daba un sentido a mi existencia, a las ráfagas de emociones que lograban desatar un corazón, agitarlo, todo provocado por lo que ella me hacía sentir y también por los recuerdos que se convertían en parte de mi bagaje emocional. La locura hasta ahora discreta de Sebastián era un recordatorio de lo que yo vivía.

12

Lentamente fui comprendiendo lo que Sensé traía a mi existencia, era energía pura, dosis poderosísimas de energía que transformaron mi vida cotidiana, los días se volvieron muy cortos nada más por la ilusión de verla, de estar con ella, de contemplar el desconcertante y sorpresivo cabello, eso me daba una razón de ser que comenzaba por la contemplación, tenerla frente a mí y observar sus pómulos, los hoyuelos de su cuello, sus hombros, sus fosas nasales que con frecuencia se expandían, sin explicación evidente, como si tuvieran vida propia, como si se tratara de una excitación interna, no pública, no compartida, lo mismo me ocurría con sus ojos que por momentos se abrían de forma desproporcionada, como si Sensé mirara algo más, algo distinto y abriera sus ojos para recordarme lo que me había dicho en el parque, toda ella conformaba una emoción estética. Pero eso era sólo la puerta de entrada a sus misterios, a esa forma de ser ella misma sin concesiones, de jamás doblegarse a prejuicios y estar dispuesta a ir al límite, mejor dicho, quebrar esos límites de la imaginación, del comportamiento cotidiano, destrozarlos y gozar explotando experiencias. Pero nada más lejano a Sensé que la promiscuidad, porque todo en ella se explicaba por una emoción interna que era real, no andaba a la caza de quien fuera, Sensé exploraba en sí misma para ir a los otros y en los otros para ir a sí misma. Me relató que la sesión con mi amigo fotógrafo había estremecido su vientre, luego sí sentía, o acaso me mintió, sentía como cualquiera y entonces pensé que su aplomo tenía fisuras. Me quedó claro que yo, Luciano, vivía por mucho los mejores momentos de mi vida erótica sin haberla tocado, de mi vida toda, y que llegar a la intimidad con ella era o sería la consecuencia de un largo trabajo de imaginación, de compenetración en su forma de mirar la vida. Yo no lo pedía y ella no lo ofrecía. ¿Se rompería algún día esa extraña fórmula suya de vincularse conmigo? Difícil saberlo, pero no quería

poner en riesgo la belleza e intensidad de lo que tenía por un absurdo ánimo de posesión, no sabía cómo definir lo que vivía, porque yo no era la pareja de Sensé, la simple idea de limitarla destruiría todo, yo era una casualidad en el mejor de los casos, y así me lo insinuó en la caminata por el parque, o quizá me lo dijo, no lo sé. Yo intentaba prolongar la casualidad tanto como fuera posible, la maravillosa casualidad le había dado a mi vida una razón de ser, me levantaba con ánimo e incluso me sorprendí silbando mientras me acicalaba para salir a un encuentro con ella, era el canto de mi alma. Los legajos del despacho pasaron a ser un inevitable trámite para salir a buscarla, la piel gris de mis compañeros ya no me preocupaba, pues sabía que con Sensé cerca la mía no tendría el mismo color, pero tenía que ser muy cuidadoso porque en ocasiones no me respondía el teléfono y a mí me quedaba la impresión de que no quería verme, quizá estaba ocupada, pero en qué, me preguntaba, pues esa mujer parecía tener resueltas sus necesidades económicas, el tema nunca aparecía, disponía de tiempo, mucho tiempo y por eso incursionaba en todo tipo de lecturas, algunas de ellas muy extensas, la mayoría de cuestiones esotéricas, vi los volúmenes en sus manos y con frecuencia me comentaba de la evolución de la lectura y de los misterios que delataban. Pero, ¿por qué deseaba yo, Luciano, conocer más de ella?, eso sólo hacía sentido en la intención de formar pareja, por eso me recordaba una y mil veces que yo era una casualidad y que en cualquier momento podría aparecer otra casualidad y Sensé me borraría de su vida. Así debía pensar en lo que vivía a partir de su aparición. Algo que me daba vueltas en la cabeza era tratar de comprender qué vio ella en mí para convertirme en una casualidad en su vida. Me queda clarísimo lo que vi y veía en ella, de entrada, su belleza, pero yo, Luciano, me considero un tipo promedio, es decir nada extraordinario, soy pulcro, eso sí, hasta la obsesión, me visto razonablemente bien, pero sin alardes, mi estatura es buena, punto, mi complexión normal quizá con algunos kilos de más y mi barba recortada y con canas sirve para ocultar pequeños defectos de mi piel. Sé que mi mirada es interesante, quizá producto de las horas de entrenamiento con los clientes a los que debo escudriñar en sus más íntimas intenciones. Pero por qué me convirtió en su casualidad, sigo sin entender.

13

Lo conocí desde la infancia, buen dibujante y pintor, encontró su nicho en las naturalezas muertas, mezclaba los colores con gran maestría, verduras, calabazas, jitomates, cebollas, también agaves con distintos tonos de verde, y muchas frutas, papayas, sandías, mameyes, pitayas y por supuesto flores, unos floripondios inolvidables. Le pedí un cuadro de Sensé, por supuesto previa autorización de ella, yo quería un desnudo, pensé que ella lo rechazaría, pero no, accedió sin mayor resistencia, me harás muy feliz, me dijo. Era impredecible y sospechosa. Entramos a su estudio en un tercer piso, era una tarde calurosa, allí se conocieron y él trató con delicadeza de insinuarle que tendría primero que tomarle unas fotografías para de allí escoger la postura más conveniente y que nosotros “aprobáramos” la propuesta. Ella lo miró tranquila y sin más comenzó a desnudarse, pero para mi sorpresa me lanzó, Luciano paga, yo poso y tú escoge lo que te parezca mejor, además creo que Luciano ya se va. Mi amigo me miró, yo levanté las cejas, creí darle a Sensé un beso en la mejilla, hoy lo dudo, me despedí de mi amigo con cara de así es, Sensé, y los dejé solos. Para mí la sorpresa fue menor, después de haber estado con Sebastián a solas, sin el menor comentario o explicación, creí comprender que así lo gozaba más, además cuando me platicó la sesión fotográfica gocé todo a través de ella, de su piel que nunca había tocado, de sus ojos, de su Eros, que era muy poderoso, platicarlo era para ella quizá más importante que el momento mismo. Quizá lo mismo sucedería con Juan Pablo. A la salida de su estudio vi una cama desvencijada e imaginé cosas. Mi amigo me dio un abrazo. Por la noche Sensé apareció por las campanillas del teléfono. Inquieto le pregunté como estuvo la sesión, tranquila, deliciosa, gran tipo, me dijo. Ya te platicaré, y cambió la conversación, había una exposición que no podíamos perder. Por supuesto, iríamos, no pregunté más. Después entró un mensaje de mi amigo, dos palabras entre signos de

admiración: ¡Qué mujer! Nunca supe más, ni quería.

14

Mi tradicionalismo me acechaba. Por las noches me asaltaban los cuestionamientos, es una perversa, goza haciéndote sufrir, pero de verdad sufres al no saber hasta dónde llega, o gozas con la intriga, querer saber supone posesión, son sus recuerdos, es su cuerpo, su belleza, su forma de ser, no tienes ningún derecho, estás en el siglo XXI y la posesión está de retirada, déjala ser y sé con ella, sé de ella, sin remordimientos machistas y de posesión, que sea contigo, la quieres viva porque te quieres vivo. Cuidado, si Sensé se va tu piel puede ponerse gris, pero lo imprescindible para ti de Sensé, como el aire, es que te ha hecho caminar por la vida con entusiasmo, con energía, de dónde viene esa energía o qué quiere ella es lo de menos, Sensé te la provoca, derrama vida o quizá la hace nacer en ti, no lo sé, no lo sabes, es un misterio un delicioso misterio que estás disfrutando en trozos, uno a uno, por momentos te atrapan y no te dejan, esos recuerdos que conforman tu gran archivo. Los de la piel gris te dan para comer, pero los pliegues de la piel de Sensé y su color, que a veces recuerda la madera y en otras el marfil, te dan para vivir, eres un prisionero, un gozoso prisionero de ser esa casualidad de la cual no quieres salir jamás, deseas seguir a ese fantasma que invadió tu vida, aunque no puedas invadir la suya, por más que lo desees, pero ¿lo deseas? Piénsalo: hoy dependes de un número (2271 4553), ya lo memorizaste, ya es parte de tu vida, y aunque el remarcado automático lo hace todo, quieres recordarlo, pues el aparatito puede perderse en cualquier momento, por eso has escrito ese número en papelitos que guardas en tu oficina, en tu casa, eres premoderno, no crees en la nube, miras el pequeño papel con los números y te sientes seguro, seguro de qué, ella podría cambiarlo en cualquier momento, no pienso, no me provoques, ella sería incapaz de hacerme daño, de verdad lo piensas, qué sabes de ella si sólo eres una casualidad y las casualidades no echan raíces, las casualidades son lo fortuito por

definición, las casualidades no forman cadena. Bienvenido, don Luciano casualidad, bienvenido a la crudeza de ser sólo un incidente, un incidente te da vida, duerme tranquilo aunque dependas de ser una casualidad con ocho números para sobrevivir.

15

Habían pasado cuatro semanas desde la primera sesión cuando vi en el teléfono la llamada de Juan Pablo. Había terminado los trazos generales del cuadro, pero ella debía posar de nuevo una o varias veces para afinar ciertos detalles. Él me dijo que se lo advirtió, ella no me dijo nada. Yo no podía darle el teléfono de Sensé, y por lo visto, ella no se lo dio. Yo no soy su dueño, pero claro, pago el cuadro, soy el intermediario, ¡Qué mujer!, fueron las palabras que leí y supuse, sí, supuse todo, pero nunca supe más, ¡Qué mujer!, lo anormal hubiera sido hacer algún comentario. Pero fue frío y no hizo ninguno. Era necesario que posara, lo dijo con cautela, pensé, lo gozarán, los dos solos. Mandé un mensaje con la petición sabiendo que gastaba mis recursos, cada búsqueda era una disminución de la leña de nuestra pasión, ella era la que llamaba. Sorpresa, se reportó, sin el mayor reparo me dijo puedo el martes o el jueves por la tarde, le aviso, le dije, para que vayas, quiero que vengas, me respondió, ¿yo?, pensé, pero si me corriste de la primera sesión, querías intimidad con él, o de qué se trata, mi mente me bombardeaba pero mi boca no me traicionó, déjame ver si puedo, le dije, sólo voy si tú estás, me respondió.

Por la noche, hecho un nudo de dudas, acepté no entender nada, ella deseaba que yo la viera deseosa, ella deseaba que la deseara frente a otro, ella deseaba que Juan Pablo la viera deseosa frente a mí, ella deseaba que los tres deseáramos, eso concluí. Dormí inmerso en un océano turbio, oscuro, con corrientes que me arrastraban a derecha e izquierda, y después querían llevarme a las profundidades del mar, me resistía hasta los límites de mis fuerzas y sacaba la cabeza para poder respirar, pero todo mi cuerpo me jalaba al fondo y entonces abrí los ojos sofocado, con angustia, estiré el brazo y tomé de nuevo una píldora para aminorar mi marejada interior.

16

Es perfectamente vertical, va del ombligo al centro del pubis. No la había notado, a mi edad nunca la había observado, será que no todas las mujeres la tienen, será que desaparece con la edad, será que vi visiones. Ese día llegamos un poco tarde y a Juan Pablo, como a todo buen pintor, la luz le importa mucho. Ella estuvo callada en el automóvil, pensé que estaba molesta, pero de qué, por qué, si había accedido de muy buena gana, o quizá se había arrepentido de mi compañía, no entendía, no quise preguntar, acaso estaba molesta por tener que posar de nuevo, pero al contrario, ella lo gozaba. Su vestimenta era ese día curiosamente más formal, unos pantalones y un saco de cuatro botones verde hoja y un cinturón con años de uso. Lo único llamativo era la blusa beige abierta hasta el inicio de los pechos, eso me distraía y lo pensé mientras manejaba, su pelo obscuro estaba recogido en un chongo y le vi los ojos verdes, claro, pensé es reflejo del traje sastre, pero de ahí al azul que yo también había mirado existía un abismo, no llevaba aretes y los labios destacaban en un rojo buganvilla, al entrar se saludaron con cierta distancia y las dudas me invadieron, no hubo ese beso de trámite que quiero recordar, pero nunca existió y de pronto nos topamos con el lienzo, Sensé frente a un muro de calabazas sobre un paño negro, Sensé mirando coqueta al pintor, Sensé reconociendo cierta emoción, Sensé desnuda, pero con las piernas cruzadas y ocultando, Sensé con la rodilla izquierda levantada y los brazos cruzados sobre ella para guardar los botones de sus pechos, Sensé mostrando sus empeines y sus piernas con músculo, Sensé haciendo una travesura, Sensé jugando con nosotros y con quien viera ese cuadro, Sensé diciendo hay más pero con esto basta, hay más pero desarrollen su imaginación, hay más pero yo mando, Sensé en la plenitud de su intriga vital. Juan Pablo la había capturado, no sólo por el desnudo, había capturado la picardía de su mirada, la picardía de su vida, la travesura como forma de vida, se mostraba y no mostraba, se

reía de nosotros, sus prisioneros. Por primera vez la sentí un poco fuera de control, tenía cara de asombro, por un instante dudé, quizá no le había gustado, pero no era así, le gustó y mucho, pero también se gustó a sí misma, allí, envuelta en su traje sastre verde hoja, sus zapatos color tabaco y con sus labios rojos, se quedó pasmada unos segundos, la boca entreabierta tan sólo mostrando sus dientes blancos, muy blancos, pero no sonreía, decidí observarla en lugar de mirar al cuadro, para eso había tiempo. Porque Juan Pablo había logrado el milagro del arte, decantar de una fotografía, de muchas fotografías el alma. La vieja discusión entre los naturalistas, como Humboldt y Darwin, de no sólo atrapar a la naturaleza tal cual, sino ir más allá, sus piernas, sus pies, sus venas, sus uñas, sus pómulos, el triángulo carótido marcado, su pelo que en el cuadro se veía castaño claro, pero había en el lienzo algo que no se devela en formas, algo que emana del alma. Y fue entonces que todo comenzó de nuevo, Juan Pablo nos miraba a los ojos muy atento, él quería conocer nuestra reacción, y él y yo giramos una vez, también el cuadro, era ella, Sensé se descubría a sí misma, se había visto en el espejo toda la vida, pero esto era diferente, se miraba a través de los ojos de Juan Pablo, que pudo ir a la esencia de una persona que no conocía, Juan Pablo se frotaba el mentón con una pipa apagada entre los labios, él nos devoraba y fue entonces que volvimos a girar, salimos del giro y Juan Pablo tenía una lengua corta entre sus labios, lo que en él quiere decir que pensaba, cavilaba desconcertado, acaso el vértigo lo visitaba, y de pronto y sin aviso Sensé fue a él e intentó darle un beso rápido, estrujante, un beso de sonrisa, de gozo, de agradecimiento, de felicidad, si es que algo así existe, pero no tuvo que tocarlo para que él lo sintiera con sólo mirarla a los ojos y fue a mí y ocurrió lo mismo, lo cual agradó a mi orgullo, y me dijo te lo agradezco, nunca lo olvidaré y volvimos a girar con todo y ventanas, mesas, pinceles, los tubos de pintura, y cuando salimos del giro ya con cierto hermoso vértigo, ella comenzó a desnudarse sin que mediara una petición, Juan Pablo cayó en el desconcierto, reaccionó y dijo, en la misma posición, en el mismo sitio, y Sensé comenzó a poner sus prendas en el camastro que provocaba mi imaginación, ahora dudosa, y qué me importa pensé, ella arrojó las prendas, cuatro, sin demasiado orden, destruyendo la elegancia en instantes, y de pronto, cuando caminó desnuda hacia nosotros, pero eso sí, con las manos tomadas en actitud de Madona frente al pecho izquierdo, en ese momento la vi por primera vez, del ombligo al centro del pubis, y todo giró de nuevo y Juan Pablo

mordisqueaba más su lengua y nada se cayó en el abrupto giro de trescientos sesenta grados, allí estaba en ella y yo no la había notado ni siquiera en el pueblo minero, cuando la tuve casi desnuda frente a mí, en el montaje —¿sería montaje?— de exhibición gratuita, en ese instante vi esa línea más oscura que el resto de la piel y no supe qué era, la miré fijamente y con ingenuidad de marmota le pregunté ¿y esa línea? Ella inclinó su barbilla y se miró al vientre, hay días en que se ve más, dijo, y sin muchas dudas me contestó, dicen que es una muestra de virginidad, Juan Pablo me miró a los ojos y la quijada estuvo a punto de desprenderse de su cráneo, debo haber tenido cara de eso, de marmota preguntona, y de nuevo empezamos a girar y pensamos que saldríamos del torbellino rápidamente, pero no fue así, estuvimos horas con ella desnuda y sonriente, paseando sin pena entre nosotros, halagaba a Juan Pablo, quien daba pinceladas minúsculas para afinar los trazos y trataba de concentrarse, pero le era difícil porque el movimiento no es buen amigo del pulso firme y los giros nos sacudían el cerebro, de pronto sin pronunciar palabra nos miramos Juan Pablo y yo en pleno desconcierto, ¿virginidad?, nos dijimos en silencio, el vértigo y nuestra condición de prisioneros no permitió la plática al respecto.

17

Hay un Bicho que dormita en mí, encantador Bicho, ¿me estoy enamorando de Sensé o de ese Bicho?, la quiero a ella porque despierta al Bicho y cuando llego al despacho hablo con el Bicho, y no necesito ni teclearle un email, ni apretar la pantalla con mi password para entrar en contacto con el Bicho, cuando lo llamo el gris de mis colegas se vuelve todavía más oscuro, porque sin pronunciar palabra, simplemente no estoy allí y yo creo escapar de lo grisáceo, algo notarán. Recargo mi barbilla en la mano, como si meditara en la jurisprudencia de algún caso, pero en realidad acudo a mi memoria para vivir en ella así sea por unos minutos y recuerdo los giros y recuerdo la piel, y recuerdo sus dientes, su sonrisa, origen de todo, y recuerdo la blusa cuasi transparente en el pueblo minero y las miradas absortas, pasmadas, agradecidas, asombradas, ilusionadas de que ella existiera y los visitara a todos, ese día el Bicho fue colectivo, una colectividad de cinco o seis, pero una colectividad muy firme, nos sabíamos unos a los otros, nos sabíamos unidos en la entraña, conocedores de lo que había entre nosotros, que para mí tenía nombre, vaya ventaja, Sensé, se llama Sensé y puede llevar una falda cortísima y una blusa que provoca una revolución o un traje verde, verde hoja, incluso con un abrigo es capaz de despertar al Bicho y quitarnos el gris de los rostros, salud amigos que la contemplaron en el montaje, —¿sería montaje o de verdad es así?—, salud de lejos porque los vi muy vivos, si es que la expresión les dice algo, y no es que sus corazones hubieran dejado de latir, eso es la muerte oficial, pero hay otra muerte, en ella los corazones laten, pero bien a bien no sabemos para qué, la presión está estable 80-120 y la sangre circula con un rumbo establecido por arterias y venas y llega donde debe llegar, tiene rumbo pero no tiene sentido de vida, la vida como simple latido no tiene sentido, y por más que intentemos inventarle destinos a nuestra existencia son muy vagos, éxito, ¿¿??, dinero ¿¿??, fama ¿¿??,

prestigio ¿¿??, estabilidad ¿¿??, claro que existen, pero someto a su consideración esos destinos y el debate puede durar años, el Bicho que Sensé despierta es indiscutible. Es pasajero, me gritan desde el foro, no estoy de acuerdo, va mi réplica, no se trata de una obsesión sino de una opción, existe, provoca una alteración y quizá un mayor flujo sanguíneo por nuestras venas, más palpitaciones por minuto, simplemente por un recuerdo, y por eso el Bicho, que siempre ha sido mi amigo, ahora es entrañable, tener al Bicho pero dormido no pareciera un buen negocio, de que lo llevamos dentro, lo llevamos, en algunos es más bravo, pero anda en todos y de no existir en ustedes, por favor vayan a terapia intensiva, porque están parcialmente muertos, por eso la condenada de Sensé —¿es acaso correcto decirle condenada?—, o quizá la adorable de Sensé, la provocadora, la agitadora, no terrorista, pero si agitadora Sensé vitalista, Sensé resulta subversiva en un mundo de grises. Por eso algunos le tienen miedo, a dónde te llevará el Bicho, ¡muera el Bicho!, pero no se muere y claro, mirar a una mujer puede ser causal de acoso sexual, ¿verdad, abogado?, ya no digamos lanzarle un piropo, o decirle qué guapa. Yo grito: ¡Viva Sensé! ¡Larga vida a Sensé! Pero ella camina hoy entre nosotros, y aunque no conozco su apellido y sólo tengo un número (2271 4553), agradezco su existencia, pero por qué me miran mis extraños y grises colegas así, claro, demasiado tiempo con la barbilla en la mano para pensar sobre alguna jurisprudencia, dialogabas con el Bicho y tuvo sus consecuencias de la cintura para abajo, y es muy grato saberse vivo y la verdad el Bicho es un muy buen conversador. Saludos, Bicho.

18

Se lo pregunté con cierta pena, casado con dos hijas mayores, mi amigo José Manuel podría parecer conservador, no lo es, lo sé, me prestas tu departamento, el mismo al que él va con su familia, y le adelanté, voy con una amiga, se llama Sensé, ¿de qué origen es el nombre?, me preguntó de inmediato con interés auténtico y no supe contestar, que bello nombre, por supuesto, adelante, y así llegamos allí después de unas horas en el coche que nos sirvieron para reír sobre la sesión con Juan Pablo, pues por primera vez admitió que lo gozaba y utilizó la palabra privilegio, privilegio estar con ustedes dos mirándome, nosotros también te gozamos y te gozaré toda mi existencia, por qué, me preguntó extrañada, eso no lo creo, dijo con gran seguridad, mi respuesta fue sincera, ese cuadro estará en mi habitación toda mi vida, te gozaré en la mañana, te gozaré en las noches, te gozaré cada instante que pueda, se quedó en silencio unos segundos, yo tardaría tiempo en comprender ese silencio, para eso lo hicimos, es un *ménage à trois*, dijo ella, me llamó la atención que lo aceptara, *ménage à trois* en el cual yo hice lo menos, tú pagaste y por lo que he averiguado Juan Pablo se cotiza bien, muy bien, pero me dio un precio especial, le contesté y era cierto, pagaste, recuperó su argumento, él pintó con maestría y yo simplemente me desnudé, dejé que me mirara y además lo gocé. Traje mis cámaras, le dije, ¿tú fotografías?, me preguntó con asombro, sí, desde que era adolescente, claro, lo había olvidado, dijo para suavizar su error, y entonces se lo lancé, ¿me dejarás fotografiarte?, se quedó en silencio y el Bicho se apareció con fuerza, las fotografías me permitirían recordarla mil veces, cien mil, claro, dijo, ¿por qué no?, me quieres con la puesta de sol atrás y con un coco en la mano, ¿verdad? Guaseaba conmigo, comprendía mis deseos, y empezó a repetir la asombrosa maniobra de quitarse zapatos, pantalones y sustituirlos por una diminuta falda, quitarse el brasier, pues venía de algún trabajo indefinido, y sacarlo

por un brazo y etcétera. Comprendí que lo hacía para provocarme, sabía que me provocaba, o quizá se desprendía de la ropa simplemente para estar más cómoda, así era, desinhibida. Pasamos a cenar una pasta y tomamos vino, bastante vino, después la conduje a la torre, al departamento que yo conocía, y le ofrecí la mejor recámara, me lanzó de lejos un beso de cariño y pasión, rara mezcla, así llegó el "buenas noches". Hasta allí todo terrenal, pero al día siguiente, después del buenos días, al mirarla a los ojos comprendí que mi amigo el vértigo ya me rondaba. Bajamos a la playa mientras la mucama arreglaba las recámaras, a cada quien con sendos libros y pretensión de seriedad, pero al quitarse una bata corta apareció un bikini de rayas horizontales negras realmente divertido y provocador, pues cuatro diminutos nudos lo sustentaban, dos en la espalda y dos al final de sus piernas, el Bicho sonreía, desde allí comenzó el vértigo, no sentí los primeros giros sino sus efectos. Me hizo una sola pregunta, a quien le vas a enseñar las fotografías, era acaso una trampa para negarse, pero no me decía no las enseñes, quería saber quién las vería, quedé en silencio ante la sorpresa, luego contesté con vaguedades que me dieran licencia, a quien le haga falta vida, a personas que aprecio pero que están atrapados por la grisura, no ahondé en el tema, nunca se lo había mencionado, lo de la piel, pero pareció comprenderlo de inmediato. Tengo varios candidatos, dije, y ella agregó, el gris está por todas partes. No sólo lo aprobaba, lo deseaba.

19

¿Crees que sea virgen?, me preguntó Juan Pablo por teléfono y se delató con la pregunta, no lo habían hecho, no lo sé, pero tu has estado con ella muchas veces, me refiero a hacer el amor, no le respondí, tampoco fue tuya la primera vez que posó, pregunté, por supuesto que no, ¿virgen? ¿La crees capaz de mentir?, siguió él, guardé silencio, sí, respondí, dudoso, no, me contradije de inmediato, ¿por fin?, preguntó Juan Pablo confundido, es muy misteriosa, le dije, el misterio habla del ocultamiento, dijo él que es formado en Francia, en el rigor de Descartes, y el ocultamiento es una forma de mentira, ¿no crees? Mentir no, le dije, siempre me ha dicho la verdad, lancé sin recordar la conversación en el parque, no me mintió, Juan Pablo cayó en la duda. Pero, Luciano, la he observado con mucho cuidado esa tarde y en las sesiones que siguieron, la línea está allí, así la tenía Carlota mi hija de adolescente, una mujer así de segura, de bella, de atrevida, no me conocía y se desnudó sin reparo, ¿puede ser virgen? No lo sé, dije, y no me atrevería a preguntárselo, pero entonces, ¿qué hay entre ustedes?, lo mismo que tu viviste esa tarde cuando llegó de verde, le respondí, hay una locura, una deliciosa locura, entonces te pregunto, Juan Pablo, qué viviste ese día y los subsecuentes, se hizo un silencio prolongado, ¿te gustaría que posara de nuevo?, por supuesto me contestó de inmediato, pero no le harías el amor y lo sabes, sí, lo sé, y me encantaría verla de nuevo, verla muchas veces, que fuera mi musa, dijo exaltado, díselo, le repliqué, ¿crees que aceptaría?, no lo sé, pero ves, Juan Pablo, ya somos sus prisioneros, la celda no tiene descripción y se resume en dos sílabas, Sensé.

20

Pero, ¿qué era el vértigo que nos atrapaba?, lo primero perder la noción del tiempo, las prioridades de la vida se agitaban, se alteraban, se ordenaban, ella era el vértice, la cúspide, lo más importante en esos momentos que uno quería fueran infinitos, Sensé era el presente, todo en el momento del vértigo y, después, transformada en recuerdo, cuando llamaba al Bicho o cuando él me visitaba sin pedir permiso, el vértigo regresaba y yo ponía una falsa cara de meditación sobre la jurisprudencia. Ella llegaba a trastocar todas las rutinas y de ahí provenía la sensación de un nuevo mundo, otro mundo, uno alterno que dominaba mi mirada, el olfato, el tacto, el oído con sus palabras que permanecían en mi mente, como un eco interminable, nunca sobraban, su voz era aterciopelada pero, ahora no lo sé, siempre hablaba sin prisa, sus palabras me sorprendían porque parecían venir de otro mundo, ser concebidas en otra lógica de vida, a quién se las vas a enseñar, muy claro, esto es para ti y para mí, y para otros y lo sé, y así lo quiero. Sensé, Sensé, Sensé, Sensé todo el día en mi mente, en la regadera, frente al escritorio, en los mensajes, en las escasas llamadas. Algo de locura me visitaba, de desequilibrio, y no sólo a mí, a Juan Pablo, a los gozosos hombres del pueblo minero, a los transeúntes que volvían la mirada hacia ella por su belleza, sí, claro, pero mujeres bellas y atractivas hay muchas, en Sensé había algo más, irradiaba una alegría profunda, un aura que, como un juego, la acompañaba casi siempre, y eso también destruía solemnidades, porque el juego es lo opuesto a la seriedad que nos imponemos, el juego viene acompañado de cierta irracionalidad, Sensé era azar, por qué había decidido jugar conmigo y no con otro, no lo sabía, y una vez en el juego era imposible salir de él, qué diera por otro beso como ese, me dijo Juan Pablo, que era un hombre estable en su vida emocional, otro beso como aquel sorpresivo y cargado de agradecimiento y algo más. Además en ella hay algo que Sensé sabe

que nos altera, esa destrucción de los códigos de egoísmo, eso era, porque Sensé compartía, se compartía a sabiendas de que su generosidad ponía en jaque y furiosas a muchas mujeres. Sensé nunca lo besó, soy testigo, tan sólo lo miró con todas esas intenciones, pero Juan Pablo sintió el beso, coqueta, me había dicho Sofía después de conocerla, descarada, agregó Karen, Sensé no tenía amigas porque todas la consideraban una amenaza a la estabilidad de sus relaciones, si supieran de la línea en el abdomen que me intriga, nos intriga, si les contara de su explicación, muestra de virginidad, montarían en furia contra ella porque Sensé se da a sí misma la libertad de ser así, coqueta puede ser, o simplemente una mujer que asume en libertad el poder de su cuerpo, de su Eros, no lo negaba, lo explotaba. Quien coquetea casi siempre pretende llegar más allá del coqueteo mismo, lo extraño con Sensé era que el coqueteo era en sí mismo el objetivo, saberse parte del juego de la vida, provocar con sus actos las ilusiones, pero, ¿podía alguien estar siempre en ese ánimo? Entonces caí en cuenta de que quizá sus desapariciones eran calculadas, quizá por eso Sensé no entregaba las llaves de su vida, Sensé debía cruzar por los pantanos del mal humor, debía enfermarse, debía sufrir cólicos, debía estar a bordo de la montaña rusa de las emociones y humores. Pero no ocurría en Sensé, era terrenal, pero no delataba nada de sus caídas, de sus fastidios, de sus tedios, de hecho, en alguna ocasión, en el coche cuando empecé a hablar de un litigio, me pidió que cambiásemos de conversación, ese Luciano, el terrenal, no le interesaba. Quizá por eso sus apariciones, pues eso eran en tanto que ella decidía cuándo acceder a encuentros y no aceptaba rutina alguna, los viernes por la noche o los sábados eran simplemente otro día, pero ella podía estar deseosa de vivir con intensidad un miércoles por la mañana, por eso en el despacho ya me observaban con cierta molestia, porque yo atendía a sus apariciones y por eso me había creado una reserva de tiempo, apresuraba el trabajo lo más posible, me adelantaba para poder estar disponible, a su disposición, suena a esclavitud y quizá lo es, prisionero de su aura, esclavo de sus apariciones, pero esa simple condición me había liberado, por absurdo que parezca, me había liberado de la asfixiante rutina y de pronto un miércoles que prometía mares de aburrimiento se convertía en un paseo, ella enfundada en una falda larga y una blusa suficientemente corta para permitir que su obligo me hablara, que el aroma de su perfume me embrujara, que sus uñas limpias le dieran un toque de realidad a mi vida. Increíble, sus fantasmales apariciones me parecían lo único real que yo, Luciano,

tenía, había perdido a mis padres, ahora a mis amigos, ya no digamos a mis amigas, que hablaban de traición, Luciano anda embobado con la tal Sensé, cómo explicarles que moría al salir de ese encanto, que el gris se había apoderado de mis días hasta que ella apareció, que ya no podía imaginarme sin ella, sin sus apariciones, que pese a ser caprichosas y arbitrarias, o quizá por serlo, me permitían vivir instantes intensos por WhatsApp, o minutos porque las campanillas de mi teléfono sonaban y yo leía Sensé en la pantalla y contestaba como si me fuera la vida en ello, cómo explicar el rostro del joven Lucas en el restaurante o la energía de la semana posterior a nuestra estancia entre calabazas con Juan Pablo, o el bikini a rayas. Sí, embobado, lo admitía, como adolescente que descubre ese otro mundo del cual le han hablado y que de pronto se vuelve realidad en un beso furtivo de una chica que también lo está descubriendo. Y navegaba en sensaciones que ella provocaba, y adoraba el vértigo.

21

Al subir al departamento, después de almorzar algo ligero, a solas en el espacio, con el mar a nuestros pies, sin advertirme demasiado, ella comenzó todo, saca tus cámaras, caminó lentamente a la terraza con una cachucha blanca para contener su pelo, que ese día destellaba con tonos zanahoria, el Bicho se rio con fuerza, se quitó la bata y se dejó unas sandalias blancas, recargó su hombro izquierdo en la pared, ocultó parcialmente su rostro y levantó su brazo izquierdo y de nuevo todo empezó a girar, ella sonreía y gozaba y comenzaron sus preguntas, ¿quién es la que está posando?, pues tú, respondí, pero, ¿qué le dirás a los moribundos?, ¿quién está posando?, comprendí, ¿qué quieres que les diga?, puedes decir Sensé, me servirá en el crédito de mi oficio, ¿cuál oficio?, pensé sin decirle una palabra, ¿acaso modelo, provocadora profesional, exhibicionista, embaucadora de hombres? ¿Cuál oficio?, y olvidé en la lista lo que me dijo en el parque, pero nunca les des mi teléfono, ni les digas dónde encontrarme, pero si eres una aparición divina, como voy a dar tus coordenadas si no las tengo, sólo tengo un número, pensé, y me debes hacer una promesa, agregó, sí, por supuesto, quería seguirla fotografiando, pues esa posición sería sólo el inicio, la quería desnuda, cada ocasión en que las muestres me debes platicar a detalle, comprendí entonces que no estábamos solos, que había muchos que ya la estaban viendo, que la estaban gozando y eso la hacía gozar, en el presente y hacia el futuro. Vencidos por el sol del atardecer sobre la terraza entramos a lo fresco, ella se quitó las sandalias y un vértigo se apoderó de mí, delicioso vértigo que me explicaba la vida misma, se quitó la parte superior del bikini, tomó la puerta con su brazo izquierdo y me dejó robarle los pechos con muchos clics, fue entonces que me percaté de que llevaba unos diminutos aretes de perlas, tres días estuvimos gozando ella y yo y los otros, los de su imaginación y los de la mía, hubo muchos otros, atrapados en el juego, atrapados en



una espiral embrujante.

22

Quizá me esté volviendo loco, las apariciones de Sensé, son contrarias a cualquier intento, por vano que sea, de tranquilidad de mi alma, vivo en el torbellino y por el torbellino, no hay forma de atraparla, ella tiene otro calendario, sigue otras cadencias, otros ritmos, ¿tiene ritmos? O quizá lo desconcertante es eso, que sigue fuerzas que no reconocen la vida de los grises, ella destroza cualquier capacidad de predicción, es impredecible, eso es, impredecible, no hay pronóstico que valga, tres días seguidos son de euforia, de llamadas, de aventuras como el día que me pidió fuéramos al bar de un hotel, llegó con un vestido negro muy escotado y unos zapatos de tacón bastante altos, de su cuello colgaba un collar de plata, el que había comprado en el pueblo de los mineros, moderno, un poco exagerado, pero en ella se veía deslumbrante, tú entras primero, me dijo, Luciano, admite que no entendías nada, salvo que el juego había iniciado, ella entró después, tú ya tenías una copa de vino, se había recogido el cabello negro, grueso y brillante, y caminaba de tal forma que se contoneaba, el vestido era su cómplice ideal, me paré de inmediato cuando se acercó y para mi asombro se siguió de largo. Se sentó sola en otra mesa y cruzó las piernas dejando ir las miradas hasta muy arriba, el Bicho empezó a hablar, guarda el recuerdo, el Bicho es para después, obsérvala bien, para no variar estaba sonriendo por dentro, pero después reflexioné, a ella no le gusta mofarse ni de mí ni de nadie, ese no era su fin, a Sensé le gusta despertar, sacudir, revivir, no ridiculizar, me dije. Ella empezó a mirar a su alrededor fijando sus ojos en caballeros que estaban solos, empecé a entender, iba a llamarla por el celular, pero por fortuna recordé lo mucho que las llamadas la irritaban, me contuve, pasaron algunos minutos hasta que llegó su Martini en una copa enorme, dio un sorbo y miró alrededor provocando que varios cuellos giraran, unos minutos después un hombre de unos cuarenta años se acercó y le pidió permiso para

sentarse, era bien parecido, por su aspecto supuse que era extranjero, ella aceptó y el hombre dejó su copa de vino en la mesa donde estaba sentado previamente y pidió un Martini, como si fuera un duelo. Comenzó la plática y no podía quitarles los ojos de encima y el condenado Bicho no dejaba de molestarme, también de esto te vas a acordar, pero claro, el vértigo hizo su aparición, acaso tenía celos, claro que sí, pero ella no era mía, ella era la fugacidad encarnada, y la fugacidad es la antípoda de la propiedad. Sensé era fugacidad y así tenía que comprenderla, que quererla si es que la quería además de desear su presencia, conversaban animados y yo imaginaba su voz en el instante que vi la mano del hombre ir a su cuello y tratar de tocar el collar y sus pulseras, no lo logró, su mano pareció atravesar el cuello de Sensé, ella no se inmutó, muy desconcertado el hombre se acercó mucho y seguramente olió su perfume y cayó en esos territorios de los cuales no hay escapatoria, esa noche el olor era más salvaje, seco y potente, el hombre resbaló en la misma trampa que el pobre de Lucas, el inocente de Lucas, y yo mismo pero, pensándolo bien, no era igual, Sensé buscó a Lucas, pues sabía que él nunca tomaría la iniciativa, pero esa noche fue a la inversa, ella se dejó buscar, hizo lo necesario para provocar, y eso en ella no representaba un esfuerzo, pero por lo visto tampoco era una cuestión de edad, Lucas tenía esa explicación, era joven, pero el hombre de esa noche cayó en el vértigo con la misma velocidad que Lucas, quizá más rápido porque el joven Lucas estaba atemorizado por mi presencia y el extranjero no sospechaba nada, por supuesto Sensé vestía con una elegancia que la separaba de cualquier duda sobre sus actividades profesionales, era digna, y fue entonces que me pregunté, puede alguien estar preparado para una mujer como Sensé, concluí que no, que ella iba años luz delante de nosotros en su capacidad de desatar el vértigo, el esplendoroso vértigo que ya me había atrapado por encima de las carcajadas del Bicho. Ella terminó su Martini y se levantó con gran elegancia, se despidió de lejos del extraño, pasó junto a mí rumbo a la salida, para entonces yo ya sonreía, qué espectáculo, cómo explicar el poder de Sensé, lo gozaba, el vértigo era fuerte, dominante. Pedí la cuenta y salí a buscarla, pero no estaba en el lobby, pasaron los minutos y nada, regresé al bar y allí estaba el hombre con la mirada perdida y otro enorme Martini frente a él, regresé a la salida, pensé en llamarle y de nuevo me contuve, desencantado fui al bar y pedí más vino, nunca la vi, el extranjero se emborrachó y subió tambaleante a su recamara, revisé mil veces si había una llamada suya, pero no llegó, ¿qué hizo

esa noche?, ¿por qué prefirió estar sola?, nunca lo sabré, jugó con él y fui parte del juego como espectador enterado. Pasó una semana de silencio y seguía perdido en las especulaciones, en el miedo de perderla, en la necesidad de la locura, para seguir vivo en el pánico al gris, eso concluí: fue otra aparición.

23

Desnuda se paró junto a un cuadro semi abstracto y sacó de su memoria el nombre del autor, vi de nuevo la raya y recordé la intrigante explicación, virginidad, el cuadro representaba a una mujer con el rostro de lado y los brazos extendidos con las palmas de las manos expuestas, curiosamente los pies estaban pintados hasta el detalle. Sensé, muy juguetona, adoptó la misma postura pero mirando al cielo como si se tratara de alguna posición sacramental, después se puso un sombrero de mi amigo, tomó una calabaza de barro, la colocó entre sus piernas que cruzó por delante y jugó con todos los que estábamos allí, ya éramos muchos. Y así viajamos del eje a la periferia con la fuerza centrífuga, luchando contra ella en un delicioso combate.

24

Por más que trataba de aceptarla tal cual era, mis impulsos de dominio, de control, se presentaban cuando menos lo imaginaba, allí estaban y me llevaron a cometer errores que pagaba con su ausencia, como el día que osé preguntarle qué haría el fin de semana, Sensé me miró a los ojos y guardó un silencio que prolongó como una respuesta definitiva. Recordé entonces que fue ella y no yo quien propuso el viaje al pueblo minero, ella conocía sus ritmos y los imponía, fue ese día que creí comprenderla, la negación de su carácter terrenal comenzaba con su ciclo menstrual, nunca hablaba de ello, como si no existiera, eso es Luciano, me dije, tomé una agenda y empecé a recordar sus presencias y ausencias, de seguro entre las tres y las cuatro semanas ella desaparecerá, vivirá sus cólicos en soledad y regresará, llegarán los días de mayor fertilidad y será entonces que tendrá alguna aparición arriesgada, qué astuto eres, eso es, apunta metódicamente y podrás predecir las posibilidades de un encuentro con el embriagante vértigo que ahuyenta el gris de tu cara y, aún más importante, lo ahuyenta de tu vida, ese formidable vértigo que primero es presencia y alteración cardíaca y después es recuerdo, igual de potente, tienes que ser muy observador y cierra la boca, pues cada error te cuesta en soledad, es sencillo, de esta no escapará. Así fui llenando de notas y colores la agenda, hasta que estuve cierto de que desaparecería, algo de vanidad me visitó, por fin, Luciano, la descubriste, lo manejaste muy bien, me dije, parece un fantasma impredecible, qué forma más elegante pero artificial de manejarlo, otro motivo para el odio de las mujeres, Sensé oculta su ciclo menstrual, de eso estaba convencido yo, Luciano, como resultado de mi profundo seguimiento, pero justo cuando el vanidoso de Luciano predijo la desaparición temporal de Sensé, ella le propone salir el jueves, día fatídico según mi puntual agenda, a una casa que ella consiguió, sin dar demasiadas explicaciones, el desconcierto me

invadió, tiene tres recámaras, me lanzó mientras lamía muy lentamente un sorbete, ese día vi destellos verdes en su cabello, o eso aluciné, lo dijo con una inocencia casi pueril, siguió con su sorbete con parsimonia notable, sin apresurarse, pero con ritmo suficiente para comer nieve y no agua, había cruzado las piernas y una de ellas se mostraba desnuda desde muy alto. Acaso insinuaba invitar a alguien, por qué invitar a alguien, y por qué no invita ella, me dije, quizá no tiene amigos, es una mujer muy solitaria, totalmente solitaria, nunca habla de alguien más y entonces tuve resquemor, guardé silencio sobre la posible invitación, podría cometer un error, quizá no quería invitar a alguien, nunca lo había hecho, ese era un supuesto mío. Pero tres recámaras... además Sensé podía ser amenazante, cualquiera de las esposas de mis amigos la odiaría si comenzaba con un juego, la aparición del vértigo era algo delicado, pero Sensé vivía para esas apariciones que gozaba abiertamente, ¿tres recámaras, para qué?, me asaltaron muchas dudas, lo primero fue que mi calendario no había servido de mucho, qué tipo de mujer era Sensé, no sabía nada de ella, no le conocía amigos, ni trabajo fijo, ni domicilio, parecía no tener necesidades económicas, podría ser virgen, su ciclo menstrual parecía inasible, amenazante pero con brotes de inocencia innegable, o quizá no podía descifrarla, necesitaba otra grafía para leer su vida, un reloj con más o menos horas, una división del tiempo que no era la mía, un calendario en el que no hubiera días, semanas, meses. A dónde vamos, simplemente sonrió, salimos temprano, dijo, traje de baño y zapatos para caminar, y si quieres invita a todos los grises, ¿cómo? dije, a los que vas a curar con tu cámara, y me miró desafiante hablando en un código muy nuestro, sonreí y creí entender.

25

Es la luna, Sensé se rige por la luna. En la misma agenda, que por lo visto no era capaz de atrapar su fisiología, venían marcadas las fases lunares creciente, menguante, luna llena, 29 días, 12 horas, 44 minutos y 3 segundos, fascinante, nunca te habías ocupado del asunto con seriedad, de hecho miras las lunas llenas por casualidad, sólo cuando el satélite se atraviesa en tu vida o alguien te lo hace notar, ay, Luciano, cómo estás aprendiendo con Sensé, desde el santo de mineros hasta de ciclos menstruales, la línea en el abdomen y ahora la luna, no vas mal para ser un abogado aburrido que deja el gris cuando un Bicho lo visita, luna nueva, dos semanas de incremento, luna llena y disminución, toma algo de color y marca las líneas en ascenso, revisa los ciclos de las ya muchas lunas que llevas con Sensé, comienza hoy en la noche, sírvete un whisky, sólo falta que ahora te vuelvas afecto a la astrología, tú que te lavas el pelo con sustancias especiales en contra de su caída, que para todo confías en la ciencia, que tomas todos los medicamentos también confiando en ella, para la presión, para los glóbulos rojos, para lo que sea, ahora recurre a la posición de los astros para entender a una mujer, esto sí nadie lo puede saber, nadie puede saber de tu agenda pues te creerán loco, primero los ciclos menstruales y ahora la luna, nunca la lleves a la oficina, algún gris curioso puede meter sus narices, te tomará algún tiempo, pero vale la pena intentarlo, además, no tienes otras pistas.

26

En el camino Sensé sonreía, le pregunté por qué y no me dio una respuesta, miraba el paisaje y se frotaba las piernas y los pies desnudos, el perfil de sus pechos debajo de la ligera blusa amarilla me distraía y, claro, el Bicho se apersonaba de inmediato con imágenes, el pueblo minero, el estudio de Juan Pablo, Lucas, el extranjero… Llevaba dos maletas muy pequeñas, pero dos, algo que me llamó la atención pues su presencia corpórea en todo era ligera. Llegamos a un lugar extraordinario, construido con todo tipo de criterios ecológicos, nada de aire acondicionado, lo cual Luciano lamentará por las noches, muy solitario, las casas sembradas de forma tal que no había contacto visual entre ellas. Después de dejar nuestras maletas cada quien en su recámara, nos dirigimos a cenar algo. El comedor era común, una enorme palapa, y sólo estaba iluminado por velas, entramos al lugar muy temprano pues sólo habíamos comido un panecillo en el camino. Desde el comedor el mar se escuchaba a lo lejos. Sensé me miraba y estuve tentado de hablar de lo rico del pan, de los mariscos, del pescado fresco, pero cuidado, no debes hablar demasiado, las demasiadas palabras la ahogan, me dejaba ver sus hombros y su cuello que iban al aire y sin un solo objeto, el cuello libre que se transformaba en cuerpo entre sus huesos y ligamentos, las cambiantes hendiduras, no podía quitarle la mirada a esa parte de su cuerpo, ese día el cabello me pareció extraordinariamente largo, juguetón, coqueteando con la irreverencia, en un tono muy claro, casi güero, la había visto una semana antes y según recordaba, apenas le llegaba a la barbilla y no a los hombros, también los ojos eran más oscuros y las cejas muy delineadas, pensé que era por su propia mano, pero caí en cuenta de que esa pequeña rebeldía inicial en el nacimiento de la nariz seguía allí, era la misma pero era otra, no intenté una conversación más formal porque ella comenzó a describir la obra de un pintor joven, abstracto, que pintaba en colores ocres y de tierra,

sus palabras llevaban tal pasión que por momentos sentí celos, en esa ocasión sí le creí sus divagaciones estéticas, sobre todo por las alusiones al pintor, eso no lo inventaba, quise preguntar ¿lo conoces? pero me contuve, no es tuya ni lo será nunca, Luciano, me dije, poco a poco las mesas se fueron llenando, había muchos jóvenes que asistían a un evento deportivo, muy pocas mujeres, dos o tres quizá con sus parejas pero también integradas a dos mesas largas de los deportistas, ella comenzó a transformarse, tomaba vino rojo, pero esa no era la explicación, se quitó las sandalias y subió un pie a la silla, justo la externa, no la que era vecina de la pared, el movimiento con su falda corta provocó que potencialmente mostrara más de lo debido, pero las velas la protegían y ella lo sabía, la blusa amarilla que me había distraído en el auto, muy abierta en el escote, invitaba a la imaginación, pero estaba convencido de que esos hombres jóvenes que comenzaron a mirarla no alcanzaban a ver gran cosa, los rostros severos de las mujeres cambiaron cuando sus parejas les prestaron de nuevo atención a ellas, antes que a Sensé. Un varón pasó el brazo sobre el hombro de su acompañante, otro extendió el suyo por debajo de la mesa, parecía frotar la pierna de su mujer, el otro dio un beso a la suya, todo cambió en aquel comedor apacible, un leve vértigo se apareció en muchos de los comensales, salvo los que nos daban la espalda, que tardaron en contagiarse del ánimo que yo, Luciano, estoy convencido, despertó Sensé, ella me miraba a los ojos como si nada ocurriera, y en los hechos nada ocurría, salvo que con su actitud había cambiado el estado de nuestras ánimas, continuaba platicando sobre el pintor cuyo nombre he olvidado, todo como si la exposición de su cuerpo fuera intrascendente y no registrada, sus ojos empezaron a brillar y los meseros trajeron más vino a las mesas. La noche se volvió deliciosa, las velas sacudían la luz y por ende la imagen de todos, pero de pronto el mar ya no estaba al fondo a la derecha, sino atrás de todos nosotros y la puerta de la cocina giraba en círculos con nosotros, todos dábamos vueltas y el eje era Sensé, que no perdía el aplomo, actuaba como si nada ocurriera, después de despertar a los comensales, Sensé marcó el clímax, como siempre gobernando los tiempos, algo que hacía con maestría, mucha exhibición la hubiera derrotado, estoy cansada, me dijo, ¿nos vamos? El disimulo de las miradas no sirvió de mucho. En el sendero a nuestra casa por casualidad miré la luna y recordé que estaba en fase creciente, de hecho al final de ella, miré a Sensé, por supuesto sin delatar mis pensamientos, acaso esa mujer dependía de la alineación de los astros,

¿sería posible?, había que observar más, esa fue mi conclusión, sé científico, alguna correlación debía poder explicar a la extraña mujer que tenía a mi lado. Me lanzó un buenas noches cariñoso, fue a su recámara y me quedé confundido en una terraza que miraba al mar y recibía la voz de sus olas, las estrellas se multiplicaron invadiendo mis ojos, Sensé y la luna fueron la guía de mis pensamientos esa noche.

27

Los grises se acercaron en grupo, algo muy raro, queremos invitarte a comer para hablar de tu aniversario, cumplía diez años en el despacho, allá fuimos, Osvaldo llevaba la batuta, una comida de todos los socios, más de veinte, les rebatí, pero al final del día era ya una tradición en el despacho, faltaban meses, después de algunos tragos y con menos gris en sus caras, me preguntaron cuáles eran las actividades que más me fastidiaban en mi trabajo, guardar las facturas para acreditar los gastos de viaje, estuvieron de acuerdo, convencer a los clientes de decisiones que para mí son evidentes, corretear pasantes flojos y las juntas con más de tres personas, cuando les di las respuestas me percaté de algo evidente que por primera ocasión ponía en palabras, tratar con personas no era lo mío, el trabajo en soledad con los expedientes, los códigos, las leyes, eso me interesaba, lo otro era odioso, se te nota, dijeron, y rieron con energía. Todos lo sabían. Se fijó la fecha de la comida. Yo miré mi celular con la esperanza de que Sensé me hubiera enviado algún mensaje, pero nada, de inmediato recordé que estábamos en luna menguante.

28

A la mañana siguiente de la cena entre velas, Sensé entró muy temprano en mi habitación, algo verdaderamente inusual, y me despertó, vamos a la playa, yo no entendía demasiado, es la mejor luz, tú me lo has dicho, me llevó un café expreso y una manzana y de pronto me vi descendiendo por una escalinata bastante irregular, con mis cámaras al hombro, ella llevaba una especie de túnica blanca y un sombrero de paja de ala ancha. Al llegar a la playa solitaria, que sin embargo podía ser observada a lo lejos desde varias casas, me hizo una pregunta que comprendí central, a quién le has enseñado mis fotografías, iba a contestar que a nadie, lo cual era la verdad, pero por fortuna imaginé a tiempo el juego, a seis de mis ocho compañeros de trabajo, ella caminó hasta el borde del mar, se quitó la túnica, la arrojó con desenfado a la arena y quedó desnuda, con una tranquilidad profunda se recostó sobre la arena, cruzó las piernas, se apoyó en los codos e inclinó su cabeza hacia atrás dejándome ver su perfil, las costillas resaltaban al igual que el contorno de sus pechos, alcancé a mirarle sus dientes blanquísimos que asomaban por sus labios entreabiertos, estaba invadida de gozo, la arena se pegaba a su piel, platícame, me lanzó con el ruido de la marea como música de fondo, uno por uno, qué cara pusieron, empecé a inventar, a imaginar y entre más hablaba más placer la invadía, nos invadía el vértigo, me visitó muy tempranero ese día, ella giró sobre su propio eje y me enseñó su espalda cubierta de arena, entonces seis las han mirado, dijo con satisfacción, ¿cuánto tiempo estuvieron mirándolas?, dime Luciano, insistió frente a mi distracción, creo que una hora, una por una, íbamos comentando todo tu cuerpo, ¿quién les dijiste que era?, yo fotografiaba tan aprisa como podía, pues sus posiciones cambiaban con rapidez, me costaba mucho trabajo seguirle la conversación, imaginar situaciones sin equivocarme y capturar su cuerpo para la eternidad y regocijo del Bicho, me faltan dos más y entre ellos el más

gris, qué ocurrió con su piel, me inquirió, el gris de su rostro desapareció por varias horas, dije, ya no estaba ahí, pero... y ¿qué les dijiste de mí?, quien soy, una amiga, sí, una amiga, sí, Sensé y punto, Sensé de nombre, no les diste mi número ¿verdad?, no, por supuesto, tampoco les hablaste de la galería, varios de ellos estuvieron aquella noche y te reconocieron en las fotografías, eres la guapa de la galería, no está mal, tendré que cambiar de empleo, no supe ni tuve tiempo de cuestionar si lo decía en serio o no, pues ella se extendió boca arriba y lanzó los brazos hacia atrás, allí estaba toda su extensión, de los dedos de sus pies a los dedos de las manos, su pelo se llenó de arena y vi cómo gozaba los clics y mis invenciones, creo que ella sabía que eran invenciones y lo gozaba igual o más, uno de ellos me pidió copias, qué hago, Sensé, ¿se las doy?, pregunté, y ella guardó silencio mientras el clic de mi cámara invadía al sonido del mar, ella se mordía suavemente el labio inferior con sus embrujantes dientes, por instantes me pareció un belfo, me podría ver gozar cuando él quisiera, ¿lo deseamos?, se preguntó incluyéndome, creo que no, se respondió a sí misma, porque entonces nosotros salimos del juego, es nuestro juego, se hizo una de las pocas pausas que me daba el ruido del mar, fue cuando los vi venir, eran los deportistas que habían salido muy temprano a trotar y regresaban, todavía no alcanzaban a verla pero quedaba poco tiempo, dudé, debo decirle, advertirle, o que sea una sorpresa, Sensé tenemos invitados, mira a tu derecha. Eran como quince, sudorosos, con cachuchas y anteojos oscuros, Sensé se quedó en la misma posición y asumí gozarla así, desnuda en una sesión que era para dos, los hombres jóvenes se acercaban y mi corazón latía con más fuerza, el mar ahora se encontraba arriba, el sol ya no estaba detrás de mí sino enfrente, cuando estuvieron ya muy cerca, Sensé se levantó y con gran calma caminó hacia el mar, se incrustó en él y se puso a flotar permitiendo que sus pechos quedaran en la superficie y el negro de su entrepierna destacara en el agua prístina, verdosa y clara, no moví mi rostro y fingí trabajar en la cámara para que ellos la pudieran gozar, así reaccionó Sensé a la sorpresa, me queda claro que lo fue, el vértigo me gobernaba, fui al agua con ansiedad y capté algunas imágenes de ella flotando con los brazos abiertos, las olas ponían en riesgo mi cámara y, lo más valioso, las imágenes que de ella guardaba, la deposité en su estuche y regresé a sumergirme, Sensé se acercó, sin pronunciar palabra, y entre el sube y baja de las olas, que jugaban con nosotros, invadida por una sonrisa que cruzaba su rostro, con su mirada me hizo sentir una caricia. Cuando entramos a

desayunar al comedor, un leve silencio recorrió las mesas de los deportistas, alcancé a escuchar modelo profesional y me reí con discreción, si supieran… Sensé repitió una estrategia que ya le conocía, les fijó la mirada los saludó y sonrió con amabilidad. De nuevo lo gozaba.

29

Sensé rompía todos los cánones, no coqueteaba para conquistar a alguien, no pretendía una relación carnal, ni siquiera estaba cierto de que supiera lo que eso era, hablar de cariño es absurdo, uno no se encariña con una casualidad y me repetía que esa era mi condición, casualidad para siempre, su confianza, real pero no progresiva era muy extraña, no se acumulaba, su desinhibición desde el inicio me desconcertó, así fue siempre, no premiaba la antigüedad, su juego era total pero efímero, en sus tiempos el instante era rey y a través de esos instantes mostraba su razón de ser en este mundo, pero por momentos parecía no ser de este mundo, eso era lo asombroso, sus naturales provocaciones no conducían a un clímax para después declinar, ella siempre iniciaba los giros, invitaba al vértigo pero después cada quien debía vivirlo a su manera, ella nos recordaba su existencia, y sus deliciosas consecuencias, lo despertaba gozosa de provocar… gozo, esa poderosa arma que altera nuestras vidas, ya no esperaba tocarla, en todo caso sería ella la que vendría a mi cuerpo, nada de rozar su brazo con mi mano, al principio sufría esa manera de vivir, pero no podía llamarme a engaño, me lo había dicho en el parque desde aquel martes en que seguramente la luna estaba en fase creciente, no lo sé, habré de cotejarlo, pero para qué, si Sensé vive gobernada por la luna será muy poco lo que pueda hacer, el satélite gira alrededor de nuestro planeta y ella vive en él, es una lunática, pensé, fantástica lunática que ha hecho pedazos mi calendario de vida o mejor de muerte con sus lunas crecientes, también tengo acceso a la vida astral, estoy siendo gobernado por una embajadora de la luna.

30

Primero fue la luz de las velas lo que le permitió exhibirse sin riesgos y allí estableció la complicidad original, después fueron los deportistas en la playa y allí la vida le jugó una buena pasada a su capacidad de provocar invitando al vértigo y atraparlos en él, pero los planes de Sensé eran otros, después del desayuno donde le llovían miradas, regresamos a nuestras habitaciones, me ofreció una cerveza tempranera que acepté y la vi entrar a la tercera recámara con la maleta muy pequeña, que por lo visto no había abierto, no puedes entrar, prométselo, acepté de inmediato, sin chistar para no variar, yo no entendía nada, prepara la cámara, te voy a dar más vitaminas para los grises, de pronto salió a la terraza envuelta sólo en una camisa de hombre con las mangas recogidas y sin abotonar, caminó lentamente de un lado a otro y empecé a sentir el movimiento, me di cuenta de que llevaba el pelo muy corto y color rubio, ¿dónde había quedado la abundante cabellera que colgaba sobre sus hombros en la playa?, su rostro era serio y la actitud desafiante, regresó al cuarto e imaginé todas las posibilidades para explicar el cambio, pero en su próxima aparición, cubierta sólo con una larguísima mascada roja que le tapaba los pechos y la entrepierna con un nudo a la altura del ombligo, su pelo era negro y sus ojos muy oscuros, la mano derecha tomaba suavemente su cadera y así caminó por la terraza muy despacio para que la prenda única no se moviera, pero empecé a caer en el desconcierto y el vértigo se volvió más intenso, su rostro, cejas, labios carmesí, sombras en los ojos, estaban perfectamente delineados, lo cual requiere mucho trabajo y tiempo, en el desayuno su rostro no tenía una gota de pintura, llevaba unos aretes largos de plata que se balanceaban, ¿qué había en ese pequeño maletín?, además de prendas debía haber pelucas, lentes de contacto de colores, pero también debieron viajar los peinadores y las maquillistas, todo un equipo como el que asiste a los actores en las películas o a las modelos en las

pasarelas, volvió a desaparecer y muy poco después allí estaba de nuevo con un diminuto vestido negro de un escote prolongadísimo y unos zapatos rojos de tacón alto, subió la pierna derecha a un pretil y volvió el rostro a la cámara, ahora envuelto en una larga cabellera castaña. Sólo me quedaba atrapar la belleza mutante, apretar el obturador y no hacer preguntas, cuando más lanzar interjecciones, ¡guau!, por ejemplo, ¡bellísima!, o expresiones obsequiosas, el próximo atuendo fue un saco con raya de gis, como de un traje formal de caballero, larguísimo, sólo abotonado a la altura de su cadera, llevaba unas botas negras que moldeaban sus piernas, pero su cabellera era cortísima y grisácea, con muchas canas, Sensé se veía mayor, pasaba de un cuerpo de jovenzuela a una presencia de mujer madura, se recargó en una pared y apoyó su pie izquierdo en la espinilla de la otra pierna, vi las uñas de sus pies y no eran iguales a las que había contemplado mil veces, y así continuaron las sorpresas, un vestido blanco, tejido, que dejaba ver su cuerpo con una cabellera rizada y medio rojiza, un traje sastre de piel color vino y unos ojos azul agua, allí estaban todas presentes, muchas mujeres, muy jóvenes, maduras, mayores, como si estuvieran saliendo de un túnel de transformación, de una línea de producción, todo para mí en exclusiva, Sensé estaba en todas y en ninguna, era asombroso, fue entonces que cometí el error, pregunté cómo lo haces, Sensé me miró con molestia profunda y comprendí mi falta, regresó de inmediato a la habitación y poco después apareció en su túnica blanca, sus sandalias y el rostro deslavado y serio, llevaba el pequeño maletín consigo, instantes después salió de su recámara con un libro en la mano y su sombrero de ala ancha, se encaminó a la playa sin decirme una palabra. No le conocía esa frialdad y no podía soportarla, siempre hablaba poco, pero no por enojo. ¿A qué Sensé conocía? Esa mañana desfilaron ante mí muchas mujeres que no cabían en el maletín, pensé en ir a su habitación, abrirlo y salir de dudas, pero tuve miedo de perderla, de perderlas, las quería a todas, aunque no supiera bien a bien con quién estaba. La seguí a la playa como perro regañado, en silencio, sin pedir explicaciones, así traté de componer la situación, me llevó tiempo.

31

Los ciclos lunares tampoco me dieron respuesta. Los seguí varios meses, pero nada coincidía. En dos ocasiones consecutivas, en plena luna llena, Sensé desapareció. Eso sacudió mi teoría: la luna llena no era la plenitud de Sensé. Las noches de oscuridad de la luna nueva, que yo había asignado a sus desapariciones, se convirtieron en gozosos encuentros con una Sensé sonriente y cargada de desparpajo. En una de ellas, una noche que anunciaba la primavera, Sensé me mandó un WhatsApp tan conciso como preciso: *Me siento primaveral, me vestiré primaveral y las miradas entibiarán mi noche. Escoge el lugar*. Diáfana me dejaba saber que quería ser mirada. *La casona, 6:30, para gozar la tarde*, fue mi respuesta. Terminé de revisar algunos expedientes, por lo menos eso fingí porque mi mente ya estaba en otra parte, ya habitaba el mundo de las sensaciones, ya navegaba en ellas, por el simple hecho de saber que la vería, ya estaba invadido de recuerdos, el Bicho sonreía, movía sus enormes bigotes largos sin cesar. Mi distracción se hizo evidente cuando Samuel entró a mi oficina, muy rara vez ocurre, y me empezó a hablar de un asunto de los generadores eólicos de energía, al hacerme una pregunta quedé en silencio, no lo había escuchado, los sonidos entraron por mis oídos, pero no seguí sus palabras. Samuel sonrió y con cariño me dijo, qué envidia, te busco mañana. Me dejó ver que detrás del gris de su piel había una persona que quería revivir, qué envidia, lo dijo sin maldad, lo dijo porque lo pensaba, me gustaría estar tan lleno de vida como tú, me gustaría que la emoción por ver a una mujer me estremeciera, me gustaría estar ilusionado, me gustaría que el trabajo no me asfixiara, qué envidia, permanecí en silencio y antes de que cerrara la puerta le lancé, gracias Sam, ya no vi su rostro.

Por supuesto llegué antes a La Casona, su maravillosa terraza llena de helechos, suculentas y gran variedad de flores, con una palmera al centro, transportan al visitante a otro mundo, al cruzar por el enorme

portón lo sacan de la gran ciudad, lo lanzan a un viaje entre la frescura, los colores y la negación del tiempo. El restaurante es elegante, con afluencia de turistas que maravillados observan y se observan. Yo pedí un Manhattan que allí preparan con particular esmero, me había cambiado de vestimenta para tratar de estar a la altura de Sensé y me quedé meditando sobre la vida de Samuel: edad 54 o 55, dos hijos en la universidad, una buena casa, golfista y una esposa que, por su arreglo y vestimenta, anuncia que la intimidad con Samuel es cosa del pasado, por eso Sam lanzó, qué envidia. En esas estaba cuando de pronto vi cómo los caballeros de la mesa de enfrente que platicaban con una copa voltearon en acto simultáneo a mirar el largo andador, hice lo mismo como un reflejo, por allí caminaba Sensé hacia nosotros, caí en un pasmo y sin darme cuenta abrí la boca, venía envuelta en un vestido blanco, muy corto por enfrente y largo por atrás. Se veía altísima, espigada, y su pelo abundante recogido en un gran chongo la perfilaba aún más. Sus zapatos de elevado tacón eran color plata y los dedos de sus pies ocupaban un lugar especial en su figura, alcancé a mirar sus orejas perfectas, que no llevaban aretes, pero sí portaba dos pulseras plateadas gemelas en forma de tubo bastante grandes que le cubrían las muñecas, en la mano izquierda había un diminuto bolsillo color plateado, los hombros iban al aire. Caminó firme hacia mí, muy segura, y cuando estuvo cerca me levanté y me di cuenta de que mi boca seguía abierta, sin darme oportunidad extendió su mano y sin más me dijo, mucho gusto, la mesa de junto no quitaba los ojos de encima. Sonreí intrigado, en ese momento me percaté de que el vestido tenía un pectoral casi transparente que permitía ver la forma de sus pechos, no pude contener la mirada, ella reaccionó diciéndome, míreme a los ojos, los individuos no le quitaban las miradas de encima, y escucharon asombrados lo que me había dicho, míreme a los ojos, ¿qué habrán pensado?, nunca lo sabré, ella ya jugaba con ellos, la tercera persona me trajo a la memoria las primeras palabras que crucé con ella, el tuteo del cual me arrepentí, recordé la conversación en el parque, cierto desconcierto me invadió, en ese instante vi pasar por detrás varias macetas de helechos y después a la palmera misma trotando y dando vueltas alrededor de nosotros, ella se sentó y cruzó las piernas con elegancia dejando ver una piel que invitaba a ser tocada, tersa, suave, un poco brillante, las antiguas ventanas también enloquecieron y comenzaron a bailotear, un mesero de inmediato se aproximó y le pregunto qué deseaba beber, Sensé observó mi copa estilizada y dijo un Martini, escogió la ginebra

con gran aplomo y pidió tres aceitunas. Sin decir palabra me miró a los ojos y vi su rostro, volví al abundante cabello, recogido en un enorme chongo prendido con una peineta de carey, no pregunté nada, al igual que ella traté de hablar por los ojos, sus cejas eran pobladas, sus labios brillaban sin color, pero acaso no era la Sensé que yo conocía, era otra mujer, me faltaba la sonrisa, pero me la negaba, no dijo palabra, por hacer conversación dije ¿tráfico? en tono de pregunta por los varios minutos de retraso que Sensé no acostumbraba, y me respondió como un hielo, no, calculo, o sea que me había hecho esperar con intención, sentí que estaba frente a un ser extraño, una persona de la que nada sabía, una gran inseguridad me invadió, todo el terreno caminado no existía como referencia de lo nuestro, ¿lo nuestro? Me percaté de que sus ojos eran color turquesa, el color debía ser artificial, los observé fijamente y eran sus ojos, no era reflejo, embrujante, no portaba nada en esos tonos, el color salía de ella, al llegar el Martini esperó a que lo sirvieran, levantó la copa y repitió el mucho gusto, como si fuera un primer encuentro. Las miradas de las personas que circulaban por el pasillo inevitablemente caían sobre nosotros, su belleza era extraordinaria esa tarde, miré las uñas de sus manos totalmente naturales, manos y pies, ¿por dónde comenzar?, me pregunté, deseaba ser mirada, quería miradas que caminaran gozosas o con envidia por su cuerpo, por toda ella, que se detuvieran en el perfil de sus pechos, de sus caderas y pasearan lentamente por sus piernas, que ese día en particular parecían no tener fin, que de los contornos pasaran a una imaginación indómita que arroja imágenes de su cuerpo, que las miradas condujeran al deseo, esa era su motivación, eso creía yo, aunque nunca lo sabré de cierto. Ya las había obtenido, cascadas de miradas, pero por qué estaba así de callada, como si no nos conociéramos, me dio una pista muy vaga, este lugar me gusta mucho, dijo, nunca habíamos venido, era cierto, pero ella lo conocía muy bien, de tiempo atrás, ¿con quién lo había visitado?, con otro Luciano del cual se sacudió, eso seguro, de otra coincidencia, le agradezco la invitación, y dio un sorbo muy pequeño a su Martini, fue entonces cuando creí comprender que el juego de esa tarde se llamaba elegancia, nada de quitarse la ropa en el coche, nada de sandalias, nada de desnudos súbitos, nunca subir una pierna a la silla, las plantas disminuyeron la velocidad de su giros y la fuerza centrífuga me fue soltando, la mujer que estaba sentada frente a mí, si acaso era Sensé, hoy deseaba redescubrirse como una dama elegantísima que nada tenía que ver con aquella terraza en el pueblo

de los mineros o con el imaginario beso a Juan Pablo o con la desinhibición al desnudarse para las fotografías con Sebastián, nada había en común con la arrojada joven mujer que gozó desnuda cuando los deportistas se aproximaron a ella o con la que me preguntó a quién enseñaría sus imágenes. No podía equivocarme como ocurrió con mi asombro por su transformación a través del maletín, guardé silencio y la contemplé abiertamente, la gocé en silencio por los movimientos elegantes de sus brazos desnudos, por su cuello que no recordaba tan largo, y por supuesto, por esos ojos turquesa, que pertenecían a otro mundo. Cuando la primera estrella apareció en el firmamento, aquella que mi madre decía era la representación de su padre, pasamos al sobrio comedor tradicional donde Sensé, o quien haya sido esa mujer aquella noche, partió plaza, sus aromas eran de cítricos y me visitaron con frecuencia, pero con los meses creí haber aprendido a separar el adorno, el perfume, del verdadero aroma de ella, el de su cuerpo, el de su boca, aquella fragancia muy suave que siempre estaba en ella, me concentraba en la difícil misión de penetrar hacia su esencia, todo sin que ella lo notara. Esa noche, Sensé fue atrapando las miradas de ellos y de ellas. Toda la velada nos hablamos en tercera persona, le conté la historia del restaurante, hasta donde la recordaba, ella la conocía mucho mejor. La palmera regresó a presidir el patio, los helechos y suculentas reposaron. A las diez y media pidió un taxi, por supuesto no aceptó que lo compartiéramos, la vi partir decidida con rumbo al misterio. Decidí caminar. Provocar el vértigo era su voluntad, su decisión, pero esa mujer, fuera quien fuera, o esas mujeres, manejaban una energía asombrosa. Esa noche, caminando por las calles, en silencio, lo pensé por primera vez.

32

Necesito verla, fue lo primero que escuché salir de mi celular, era la voz de Sebastián, mi amigo el fotógrafo. No puedo sacar su imagen de mi mente, ya es algo obsesivo, pensé, ya somos dos, por lo menos dos, qué belleza, qué seguridad, quiero fotografiarla mil veces, toda la vida, de aquí hasta que me muera, ¿Hay algo personal entre ustedes?, ¿o también es pura atracción?, preguntó esperando que le diera autorización total sobre ella. Pero claro, cómo no estar confundido si ella había ido a posar sin conocerlo, y sin mí, todo pudo haber ocurrido, además uno no presta a las amantes para que otros las gocen, ¿o sí? La confusión de Sebastián era válida. Estaba fuera de sí, no quise darle su número, la sorprendería y Sensé se enfurecería, ya lo imaginaba, meses de silencio. Nada más de pensarlo me angustiaba. Mira, le dije, es muy rara, especial, le consulto y regreso contigo. Al día siguiente tenía tres llamadas de él. No le respondí. Esto duró por lo menos dos semanas. En nuestro primer encuentro pregunté a Sensé con suavidad, oye, Sebastián quiere verte, no le des mi teléfono, fue su reacción inmediata, lo dijo con gran seriedad. No, por supuesto que no, en mi fuero interno me tranquilicé, Sebastián es un tipo atractivo y yo no quería competencia, un discreto ánimo de posesión me había invadido. Lo admito, te lo admito, Luciano, no escapé de ese terrenal sentimiento. Soy igual que todos y mi celda, en la prisión de Sensé, la quiero para mí solo.

33

Ella reposaba sus hombros contra la pared y su mirada iba al cielo, se tapaba los pechos con las manos y la pierna izquierda flexionada, también recargaba la planta del pie sobre el muro, él estaba hincado y la tomaba de lado, con su torso tocaba su muslo y la miraba como a una reina. Yo sufría.

34

Sensé estaba desnuda sobre un sillón de piel con botones metálicos, sus piernas colgaban a partir de la rodilla y sus pies mostraban sus empeines y sus uñas, en su vientre se marcaban los costillares perfectamente definidos, tenía los brazos cruzados sobre su rostro y dejaba ver sus pechos por el contorno de abajo, de pronto él llegaba también desnudo y la empezaba a besar desde los dedos de los pies, iba ascendiendo lentamente, su espalda me cubría la cara de Sensé, pero supongo que lo gozaba.

35

Accedí a sus llamadas, necesito verte, me dijo con ansiedad, te invito un trago en mi estudio, la voz de Sebastián transmitía angustia, toqué el timbre y él abrió la puerta. Me dio un abrazo y me llevó al cuarto donde están sus tripiés, sus lámparas y mamparas, las vitrinas con sus cámaras, los artículos de limpieza del equipo y algunas de sus mejores fotografías enmarcadas, su potente y enorme computadora, al volver el rostro mi mirada quedó atrapada en una descomunal fotografía, tamaño real, en blanco y negro, era de Sensé desnuda recargada en una pared recogiéndose el cabello con las manos, los brazos alzados mostraban sus axilas y la posición de sus piernas y pies era juguetona. Me quedé pasmado. Luciano me dijo muy serio, es la mejor fotografía de mi vida, las diez mejores proceden de esa tarde en que vino a posar, ve la mirada coqueta y retadora, ve la belleza de su cuerpo, mira sus pies, y se acercó a ella como con ánimo de tocarla, pasó sus dedos por las piernas de Sensé, de su imagen, de ambas, deslizó el lado externo de su mano por el pubis y después quiso frotar sus pechos, me estremecí, finalmente se acercó a sus labios y la besó, es lo mejor que me ha ocurrido, no sabes cómo te lo agradezco, yo miraba la escena atrapado por la mirada silenciosa de Sensé, pero el horror visitaba mi entraña, vi a mi amigo gobernado por una pasión sin brida, tengo varias en tamaño natural, dijo, las cambio cada semana, ¿quieres verlas?, no dije nada, fue debajo de una mesa y sacó varios rollos largos, no, mejor enséñamelas en la pantalla, lo atajé, no es lo mismo, me dijo, lo sé, de verdad, podemos dejar esta mientras bebemos algo de vino y después ponemos otra, no me escuchaba, mira acércate, vela de cerca, sentí que violentábamos la intimidad de Sensé, pero entonces por qué quería que enseñara mis fotografías, yo observaba a Sebastián en un ataque de gozosa locura, de delirio, y pensé que lo mismo me podía ocurrir o quizá ya me estaba ocurriendo, es ella, dijo Sebastián y se paró frente a Sensé como

hablándole. Perdón, me dijo, ¿qué te ofrezco?, vino está perfecto, me quedé solo con la foto de Sensé mirándome, ella desnuda, yo cubierto, como siempre, Sebastián regresó con dos vasos de vidrio verde y una botella de tinto, la descorchó, sirvió los vasos con rapidez y descuido, al mirar su rostro embelesado sentí algo de vértigo, pero desapareció con la primera pregunta, ¿lo has hecho con ella?, no Sebastián, ¿y tú?, ¿qué ocurrió aquella tarde?, comprenderás, me respondió, que estaba como un volcán en erupción, no dio ninguna oportunidad, lo más que hizo fue comentar el tatuaje de mi brazo, pero no me tocó, en ese momento pensé que era el comienzo, pero en realidad era el final. Se vistió sin prisa y se despidió. No me dio su teléfono, nada, ¿cómo puedo localizarla?, necesito verla, estoy desesperado, Concha está furiosa conmigo por esta fotografía y también contigo por alcahuete, no quiere saber nada de ti, no puedo ocultarle que Sensé gobierna mis pensamientos, se hacen silencios prolongadísimos cuando estamos juntos, de hecho casi ya no hablamos, hace unos días, mientras hacíamos el amor en plan de reconciliación, se quedó quieta, me miró a los ojos y me dijo, estás pensando en ella y me sacó de su cuerpo, lo peor, Luciano, es que era cierto, necesito verla, ¿qué sabes de ella?, no me ha llamado le dije, no delaté que Sensé no quería saber nada de él, por favor búscala, ya te expliqué, Sebastián, como opera, espero sus llamados, y sin escucharme su mirada volvió al cuerpo desnudo de Sensé en la pared, a su sonrisa, al carácter intemporal de su belleza, me di cuenta de la imposibilidad de retirarla y así nos quedamos los dos, quietos, atrapados, prisioneros de la belleza. En cuanto sepas algo por favor avísame, dijo Sebastián muy serio, se paró de su desvencijado sofá, tomó una de sus cámaras, prendió muchas luces y comenzó a fotografiar la fotografía de Sensé, los pies de muy cerca, las manos con sus ligamentos marcados, los pechos, ¿da para sacar algo?, pregunté, claro, me respondió, ahora las vemos. Minutos después en su pantalla desfilaba Sensé en pedazos, la respiración de Sebastián estaba agitada, olía a tabaco.

Al encaminarme a la puerta sentí la mano de Sebastián en mi hombro y al volver el rostro encontré el suyo sonriente, entonces me entregó un tubo de cartón y supuse que era la fotografía de Sensé, he regalado algunas y ya te contaré de las reacciones, dijo con una gran sonrisa. Cuando salí de su estudio decidí nunca comentarle a Sensé lo que había vivido esa tarde.

36

Él estaba desnudo, recargado en un gran árbol, tenía debajo una toalla azul, su ropa, sus jeans y su camisa estaban enrollados del otro lado del tronco, le vi los pectorales muy desarrollados y sus brazos asoleados, el izquierdo con un tatuaje, Sensé caminó hacia él desde mi posición, él la miró y al girar hacia ella apareció un enorme falo. Me alteré.

37

El paisaje era bello, con nubes grises y blancas, había un pequeño lago detrás de ellos y el viento movía los pastos. Los dos estaban desnudos, él tenía los brazos muy bronceados y apretaba el cuerpo de Sensé contra el suyo, los dos me miraban fijamente, como retándome.

38

Llegué a casa muy confundido, puse el tubo en un sillón frente a mí, sin abrirlo. Sentí necesidad de beber algo fuerte, me serví un whisky, aquella tarde en el estudio de Sebastián el vértigo se apareció, pero fue desagradable, sentí que perdía el control y quería mantenerlo, las manos me comenzaron a temblar, cuando los dos nos quedamos petrificados frente a la enorme fotografía sentí miedo, pues todo estaba ya fuera de control, quizá nunca lo estuvo pero ahora era evidente, ¿cuántos más tendrían a Sensé desnuda en su habitación?, ¿qué harían con ella?, con su imagen, había algo de profanación en el hecho. Sensé era mía pero en realidad nunca lo había sido, nunca lo sería, Sensé era sólo de ella, pero entonces nada había de profanación o ella deseaba ser profanada o simplemente no creía en la profanación, ella era dueña de su vida y vivía para provocar el gozo de otros, yo incluido, la profanación no venía al caso, pensé, pero al recordar cómo Sebastián pasaba el dorso de su mano sobre la entrepierna de Sensé, algo en mí se estremecía y sublevaba, nunca la tocó aquella tarde que posó para él sin conocerlo, ella sabía las posibles consecuencias de las fotografías, pero era difícil imaginarse a sí misma colgada en el muro principal del estudio de Sebastián, allí, en tamaño natural, hermosa, con una sonrisa retadora, o imaginar la mano de Sebastián recorriendo su intimidad o el beso al papel en el que estaba su rostro, o los labios de Sebastián frotándose con fruición y desesperación sobre los suyos, miré el tubo de nuevo, qué hacer con la fotografía, dejarla allí era lo más sencillo, así su embrujo estaría controlado, recordé la lámpara de Aladino, al genio que salía vaporoso a la menor fricción. El gran poder de Sensé estaba contenido al interior de ese incómodo envoltorio, yo podría quitar la tapa y gozarla como Sebastián y sus amigos, el desnudo de Juan Pablo iría a mi recámara, me había dicho que ya podía pasar por él, pero no cabía en mi vehículo, el propio Juan Pablo habría de traerlo cuando tuviera

tiempo, así que no sabía cuándo, pero gracias a Sebastián ya tenía una Sensé enorme cerca de mí, me serví otro whisky, su imagen en el estudio de Sebastián no me soltaba, miré a mi alrededor en busca de un espacio adecuado y caí en el muro junto al librero del que colgaba un elegante y sobrio Benítez, uno de mis orgullos pictóricos, imposible desplazar a Benítez por Sensé, no, me dije, cada asunto en su lugar, el Benítez fue colocado allí justamente para poderlo gozar desde mi sillón, allí en donde tomaba mi whisky, mi lugar predilecto, allí donde pasas horas meditando o escuchando tu música, Luciano, como los cantos de los peregrinos rusos o el último movimiento de la quinta sinfonía de Sibelius que agita nuestra alma, sustituir a Benítez por Sensé era todo un dilema, me reí de mis conjeturas, el hecho es que deseaba sacar a Sensé, deseaba frotar la lámpara y que el genio apareciera para embrujarme, y cuando miré al techo allí estaba, era el Bicho con toda su garra, sus bigotes se agitaban muy rápido con picardía, su delicioso veneno ya corría por mis venas, el simple recuerdo de ella lo introducía en mi cuerpo, claro, el Bicho había envenenado dulcemente a Sebastián, lo había llevado esa tarde al delirio, Sebastián besando una pared, Sebastián tocando el vello púbico con suavidad, Sebastián fragmentando a Sensé tantas veces como le era posible, viendo los ligamentos de su cuello, los dedos de sus pies, uno por uno, gozándola centímetro a centímetro, por qué no, me dije, la recordé parada, con una abundante cabellera oscura, con la mirada al cielo, como diosa, eso era, una diosa desnuda, tapándose los pechos con las manos, pero no recordé de dónde venía esa imagen, quizá del archivo de Sebastián o del mío, bebí más whisky y pensé que Benítez no podría competir con una diosa, gran pintor abstracto sin duda, pero Sensé era celestial, no pertenecía a este mundo, a Sensé la podía mirar toda la vida, a Benítez toda una noche, tomé la decisión, fui al muro y descolgué el cuadro con cierta prisa y algo de descuido que odié de inmediato, pero el veneno corría por mis venas y su fuerza me devastaba, hincado frente al sillón saqué con mucho cuidado aquel rollo que incluso encerrado dominaba mi vida, era igual que frotar la lámpara deseando que el genio apareciera, no extendí su imagen, fui a mi caja de herramientas y por fortuna encontré unas tachuelas que el tapicero había dejado allí, con prisa regresé a la sala y pensé cómo hacer el movimiento sin maltratar la imagen, sin maltratar a Sensé, moví una pequeña mesa de adorno que se encontraba debajo del Benítez y extendí mis brazos, cabría, concluí que debía elevarla un poco, despegarla del piso para que no la

lastimaran con la limpieza, qué diría martes y jueves doña Toña del enorme desnudo, me pregunté, qué te importa, me respondí, es tu vida, fui por el banco, la primera tachuela debería ir arriba al centro para poder así balancear la fotografía, el segundo sería muy importante para obtener una horizontal lo más exacta posible, procedí a desenrollar muy lentamente aquel papel como si fuera un papiro sagrado, una escritura sacramental, una reliquia, debía ser una ceremonia, no un trámite, pues a partir de ese momento Sensé me acompañaría sin tregua, en una guerra que ella siempre ganaba, ya no necesitaría ir al portafolios de cuero donde atesoraba sus fotografía que nadie más había visto, los pocos amigos que me visitaran se toparían con ella casi a la entrada, no podrían dejar de verla, yo lo gozaría y ellas estarían de seguro muy incómodas, pero no iba a sacrificar la belleza de Sensé por las buenas conciencias de las parejas de mis amigos, lo mejor sería ya no volver a invitar parejas, pero tampoco estaba cierto de querer compartirla con ellos, habría que pensarlo, por lo pronto, hincado, deslicé la mano derecha en la curvatura del rollo mientras la izquierda detenía el borde, aparecieron sus pies, allí, frente a mí, me paralicé, y el Bicho me mordió por la espalda, rápido me susurraba, arrojándome imágenes sin piedad, no, despacio, pensaba, pero mi voluntad estaba derrotada, yo obedecía a los giros, a su fuerza, y luchaba contra ella, mis muebles pasaban frente a mí, la mesa del comedor, mis libreros, mis discos caían el piso, tanto esmero que había puesto en colocarlos en orden alfabético, la loza se quebraba frente a mis ojos y el Benítez salía por la ventana, pero nada me importaba, fui subiendo por sus piernas, paseé por sus rodillas, por ese borde bellísimo de piel que permite la flexibilidad, la fui tocando toda, con mucho respeto, como orando, fui por dos pisapapeles para poder continuar en el ascenso, cuando llegué a su vello me estremecí, de pronto vi caer una gota de agua y no supe qué era, me di cuenta de que tenía los ojos llorosos y que mis manos de nuevo temblaban, saqué de inmediato mi pañuelo y con el codo detuve el rollo, limpié apresuradamente las lágrimas, empecé a jadear y el vértigo me derrotó. Esa noche dormí con ella, junto a ella, tocándola, la toqué toda la noche, allí en el piso, sobre la alfombra, Sensé estaba detenida por dos pisapapeles y dos libros y miraba al techo, mi cuerpo se sacudía como si tuviera frío y mis ojos no dejaron de traicionarme, así penetré en las tinieblas.

39

Pero cómo se atreve a tocarla, a besarla, a frotar su entrepierna con la mano, en cuántas ocasiones lo habrá hecho, ya lo imagino por las noches, por eso Concha está molesta, eso era inevitable, Sensé la subleva, ella es, en sí misma, una afrenta, camina sola en la amplitud de la irresponsabilidad, en la comodidad de la carencia de compromiso, pero Sebastián exagera, actúa como loco frente a su pared cubierta del cuerpo de Sensé, con la mirada provocadora que resulta una revolución para los sentidos, escucho su respiración, la huelo, ¿a quién miras, Sensé?, ¿a quién quieres tener como pareja, más abajo aún, entre tus piernas?, ya no juegues con nosotros, pero no juegas conmigo, ¿o sí?, dímelo, necesito saberlo, soñé que te tocaba pero no en el muro, soñé que te acariciaba toda, pero no en el papel, creí sentir tu temperatura que desconozco, me sonreías, soñé que te encendías, extendías los brazos y me abrazabas, nadie te obligaba, Sensé, Sensé, Sensé, qué es esto, ven a mí, no te quiero llamar pero estoy desesperado, sufro.

40

Llegamos al edificio en la vieja camioneta que Juan Pablo utiliza para transportar sus cuadros, el óleo de Sensé no cabía por el estrecho elevador, ella iba cubierta de burbujas, la picardía de su rostro se mantuvo durante todo el trayecto a pesar de los tumbos, subimos las escaleras con algunos tropiezos, abrí la puerta del departamento y entramos lentamente, muy cuidadosos de no lastimar a Sensé, protegiéndola, los seis pisos nos habían sofocado un poco y nos reímos del hecho, pero de pronto la mirada de Juan Pablo se fue a la gigantesca fotografía, quedó en silencio, me soltó el cuadro, no dijo palabra, se paró frente a ella y bajó la cabeza, unos instantes después soltó, como gritando, no puede ser, así la quiero, llámale, le regalo el cuadro, pero la quiero ver así, la quiero tener así, la boca de Sensé seguía entreabierta, en ese momento la vi más abierta que de costumbre, y su figura menos definida, insinuándose a los dos sin ningún pudor, respiraba, sentí su aliento, la olí, la iluminación no era la mejor, así que prendí una lámpara, te ofrezco algo, le dije, sí, respondió algo fuerte, le serví un whisky del poco que me quedaba, se sentó en mi sillón sin decir palabra, no podía dejar de mirarla, la recorría con sus ojos y la gozaba sufriendo, no hay derecho, dijo, una expresión extraña para un artista, lo comprendí, la quiero, Luciano, la quiero como mi musa, se paró del sillón caminando sin rumbo, de manera torpe, sin haber probado el whisky, lanzó, la quiero pintar desde todos los ángulos, la quiero inmortalizar, inmortalizar ¿me escuchas?, será mía a través de mi pintura. Él también sufría, su prisión era también la mía.

41

La mano asomaba entre su torso y su brazo, era masculina, yo veía los poros de la piel con perfección y una vena resaltada en su brazo, quién era él, Sebastián de seguro, pero no, ni el color de la piel ni las uñas correspondían con mis recuerdos, entonces debe ser Juan Pablo, tampoco sus manos, siempre están llenas de pintura incrustada en las uñas, quién era, la respiración, es la respiración, no puedo respirar, me sofoco, quién la toca, déjenla, déjenmela.

42

Los primeros me pareció gozarlos, pero hacía semanas que los sufría, de sueños transitaron a pesadillas, me despertaba con la respiración entrecortada, jadeante, creí haberme acostumbrado a que Sensé se mostrara, a que su cuerpo fuera público, para tranquilizarme pensaba que lo mismo vivían las artistas muy famosas, pero la tranquilidad interna nunca echó raíces, más aún cuando me la mostraban en las pantallas de los teléfonos, orgullosos de la caza, en el despacho, por momentos el gris desaparecía de los rostros, justo cuando todos se juntaban y en grupo comentaban la foto de Sensé que Sebastián había tenido a bien popularizar por las redes, pero algo muy en el fondo de mi alma se sublevaba, que la vieran desnuda en una playa era una sensación extraña, pero yo participaba en ese gozo colectivo, que pasaran la lengua por la pantalla era para mí irreverente, de Sensé no había tenido noticia, era lógico, debía estar muy molesta por algo. Libre es la palabra, Sensé era como un pájaro acostumbrado a volar en plena libertad, que no tolera que alguien lo retenga en sus manos por cuidadoso que sea con ella, yo recurría a ese tipo de analogías para no aceptar lo que me había dicho en el parque de sí misma, nunca lo había asumido como real, pero en mis nuevos sueños Sensé aparecía con otros hombres que la penetraban, que la hacían suya, y eso alteraba de raíz el juego, Sensé era de todos pero no era de alguien en particular, no podía serlo, pero entonces qué hacía allí en mi mente con un Sebastián muy fornido, con muchos tatuajes y con un falo satisfecho que colgaba entre sus piernas, eso me dolía, claro, pensaba para consolarme, ella tiene todo el derecho a estar con quien le venga en gana, trataba con raciocinio de defenderme de algo que me lastimaba, en varias ocasiones pasó por mi mente desprender la gran fotografía de mi sala, de hecho un día lo intenté, pero retrocedí de inmediato, me hinqué frente a ella llorando, como pidiéndole perdón, miré su rostro, pero quizá por las lágrimas

no logré afinar sus rasgos, esa noche lloré mucho, hincado, sentado, acostado, y sentí que ella me miraba y me despreciaba, te lo dije, Luciano, te lo dije en el parque, convivir conmigo es una pesadilla, ustedes son diferentes, o mejor dicho, soy distinta, la breve frase de lo que me había dicho en el parque retumbaba en mi mente, acaso era verdad. Por las mañanas lo primero era tomar el teléfono y buscar alguna señal de ella, pero nada, en el despacho me miraban con cierta consideración, pues yo había regresado al gris y lentamente mi piel se fue volviendo verdosa, lo descubrí en el espejo del baño de la oficina, la luz blanca acentuaba mi color, mi corazón estaba bien, latía rítmicamente, mi sangre circulaba y el aire era procesado por mis pulmones, pero moría lentamente y lo sabía, moría y me tenía a mí mismo como testigo único.

43

Sonaron las campanas y en la pantalla apareció Sensé, me paré del escritorio de inmediato, con brusquedad, todos me observaron, el aburrimiento quedaba atrás, salí del gris, ¿cómo estás?, le dije sin preámbulos, pero no hubo saludo, un amigo tuyo me busca sin cesar, ¿qué?, dije con preocupación, ¿quién?, no lo sé, respondió, a nadie le he dado tu número, a nadie, lo juro, dije en una reacción para ponerme a salvo, no es por teléfono, va a la galería todos los días, va por la mañana y regresa por la tarde y espera horas, cómo se ve, qué sé yo, me contestó en un tono que no le conocía, fui muy clara contigo, nadie me puede atrapar, su rostro debe estar en las cámaras de seguridad de la galería, por si quieres saber quién es, a mí no me interesa su nombre. Y suspendió abruptamente la comunicación.

Ahora comprendía, de seguro es Sebastián, pero ir a la galería era demasiado, los grises me miraban sin quitarme la vista, camuflajeados con los expedientes esperaban una señal, no les respondí con la mirada, el gris a esa hora del día era ya obscuro, de seguro es Juan Pablo, de seguro no sabía nada, me sumergí en el expediente sin poderme concentrar, quien fuera había perdido el control. Yo estaba en peligro.

44

Fui a la galería, se negaron a mostrarme las imágenes. Sensé me pidió verlas, dije en actitud de defensa, quedaron en silencio, ¿quién?, ¿Sensé?, aquí no trabaja, lanzaron, es una estrategia para protegerla, me dije, hacen bien, a la salida el hombrecillo de los pantalones ajustados me susurró, es un individuo con bigotillo, ¿bigotillo?, se ve que odiaba esa pieza decorativa del rostro. La palabra me quedó zumbando en la cabeza. Sensé no llamaría en un buen tiempo.

45

Llegué gris a casa, entré con la mente ida y me topé con ella, me saludó sin mover un músculo, pero también parecía estar despidiéndose, algo muy raro, pensé sentirla sudorosa, deseosa, quería de nuevo oler su aliento, solté los expedientes y me quedé atónito, en unos minutos recuperé color, su belleza me dolió. Me dejé ir toda la noche, absorto con su presencia.

46

Pero, ¿de qué color es en verdad su cabello?, las imágenes danzaban en mi cabeza, ahora lo recuerdo como un plumaje tornasolado, azul por momentos, verde quizá, eso es, muy abundante y rebelde en ambos casos, predominan los azules, de eso estoy seguro, pero ya no, son plantas tropicales las que brotan de su cabeza, claro por eso me recuerda en algo al mar, y Sensé sonríe, su perfil brilla en el enorme marco de plumas y helechos, es muy femenina, pero también hay pájaros en su cabellera, ahora veo sus picos saliendo de la maleza, sí, son varios pájaros y se mueven sin cesar, las plumas se agitan y aparecen flores, muchas flores, amarillas y rojas, los pájaros se mueven entre las plumas, las flores y los helechos, pero Sensé no se inmuta, lo goza, sonríe, en realidad su cabellera es un gran nido lleno de vida, qué alegre se ve con las flores, los verdes, los amarillos, los rojos, los pájaros moviéndose inquietos, su cabellera es muy alegre, quién más puede ostentar una cabellera así. ¡Ay, Sensé! Eres única.

47

Entró eufórico, mira, me dijo y puso su teléfono frente a mí, allí estaba Sensé, en su pantalla, desnuda, era de nuevo la fotografía de Sebastián, pero de muy mala calidad, un velo blanquecino cubría la imagen, eso me llamó la atención, no le dije nada al respecto, la obsesión no tendría fin, me devastó pensando que me agradaba, fingí.

48

La ventana de madera del cuarto estaba abierta, así como la puerta de entrada, no había nada colgado en el muro blanco y la cámara descansaba en el piso, las sábanas de la cama estaban arrugadas, ella se encontraba arriba de él, de hecho, ella lo cubría todo, yo sólo veía las dos cabelleras mezcladas y los movimientos sistemáticos, rítmicos de Sensé reflejados en las plantas de sus pies. Mi respiración estaba muy agitada y yo muy angustiado.

49

Recordé nuestro más reciente encuentro antes del enojo. Llovía a cántaros, yo salía de la oficina cuando entró su mensaje, ¿cenamos?, ¿qué te parece la Petite Maison a las 8:30? Su olor me invadió, su imagen me turbó, claro respondí de inmediato, me iría directamente de la oficina. Mi corazón latía con fuerza, mi atuendo de trabajo seguiría en funciones, no tenía tiempo para vestir algo diferente, su cuerpo, su rostro, su cabellera en ocasiones indomable, en otras, corta y domeñada, muchas imágenes, olores, recuerdos, el Bicho sonrió, su voz, sus ojos, su sonrisa, todo se arrojó sobre mi mente en instantes. Por fin la vería, llegué temprano, cambié de mesa en dos ocasiones, pedí vino y muy inquieto me senté a esperarla, Sensé, Sensé, Seeenséee, su nombre era música, lo pronuncié sin parar, al grado de que el capitán de meseros se quedó observando y cuando registró mi mirada retiró la suya, loco, habla solo, debe haber pensado, quizá, me dije, si supiera la historia, de pronto ella apareció, venía enfundada en una elegante gabardina y unas botas cafés de tacón medio, la noche no permitía vestimenta ligera, fue lo que cruzó por mi mente, al acercarse fue ella la que lanzó su rostro y me miró casi con cariño, eso me asombró, no habría juego, fue mi conclusión, me equivoqué, cuando se quitó la gabardina apareció una falda con pliegues y una blusa beige con la botonadura abierta al límite, brindó con su copa de vino y sin más me lanzó, hoy me hicieron un body painting, me pintaron desnuda, me convirtieron en un felino, con bigotes y todo, y después me fotografiaron, la sesión duró seis horas. ¿Quiénes lo hicieron?, quise preguntarle pero miedoso me contuve, ¿quién más estaba en la vida de Sensé?, ¿acaso eran celos?, sí eran celos, lo admito, te lo admito, Luciano, admítelo, Luciano, y fue entonces que Sensé comenzó un detallado relato sobre la sensación de estar desnuda frente a dos varones desconocidos, cuyos nombres nunca dijo, uno era el pintor, el otro el fotógrafo, describió todo al detalle, primero cómo

se desnudó frente a ellos, me agarré de la silla pues quería brincarle encima, ver sus movimientos al desnudarse era muy emocionante, escuchar su descripción era fuego, gozaba cada palabra, narraba cada detalle con ánimo de provocar en mí imágenes suyas, lo cual logró desde el primer instante, después, cuando la imaginé desnuda en mi mente, ella comenzó a describir paso a paso cómo su cuerpo fue desapareciendo muy lentamente, pincelada a pincelada, platicó con lujo la fruición de sentir los pinceles recorriendo su cuerpo, unos rígidos, otros suaves, muy suaves, cómo su piel se había erizado, sus pechos en particular, pues además el cuarto estaba fresco, me susurró cómo el pintor había tenido que acercar su cara a todo su cuerpo, a unos cuantos centímetros, cómo ella sentía su respiración llegar a su piel, en sus piernas, en su abdomen, su ombligo, mientras tanto el fotógrafo tomaba imágenes del proceso, vi pasar tranquilos a dos meseros bocabajo dando vueltas en el aire y la cajera, con todo y su computadora, también había emprendido el vuelo, yo floté toda la noche, al principio me pidieron que pasara una pluma por mi cuerpo, dijo, cómo, les pregunté y entonces el pintor tomó una pluma larga, de algún ave grande y la cruzó entre mis dos pechos, Sensé observó detalladamente mi reacción, yo estaba sin habla, no me daba tregua, no quería que hablara, después, cuando terminó el trabajo de pintura, tres horas más tarde, tuve que adoptar posiciones de felino, y extendió su mano y su brazo como si fuera garra y abrió la boca enseñando sus dientes, me eché para atrás en mi silla y ella rio con holgura, mi cuerpo estaba allí muy cerca del de ellos, decía, pero no era mi cuerpo, pues me cubrían las rayas de un tigre, las manchas negras de un leopardo, el extraño antifaz velado de una chita, caminé desnuda entre ellos deslizándome con suavidad, sin producir sonido alguno, con mis orejas pequeñas y triangulares, aaaarrrrr, lanzaba, y los dos con sus cámaras me perseguían, me acosaban, uno desde el piso me retrataba a todo lo largo de mis piernas y yo le gruñía y paseaba por encima de él, el otro me capturaba de lado, muy cerca de mi pecho izquierdo, que no era pecho sino una protuberancia de la bestia, yo gruñía de nuevo con fiereza, como amenazándolo, y abrió los ojos de forma exorbitante, después me fotografiaron entre los dos subida en una roca, sentada en ella con las piernas abiertas, y mis codos apoyados en ellas, la maleza me cubría las garras, estaban a la espera de un zarpazo, yo sólo podía escuchar envidiando haber estado allí, ella lo sabía, con malicia regresó a describir, me platicó cómo trató el pintor sus piernas, su entrepierna, sus brazos, sus axilas, yo, Luciano,

caminaba con los pinceles del pintor por su cuerpo, en ese momento el cocinero con todo y gorro salió de la cocina como caminando en el aire, sin prisa ni angustia, esa noche no hablamos de nada más, ella llevaba un suave y muy grato olor a animal, creo que era suyo, tomó su taxi y se fue. Cuando llegué a casa después de una larga caminata, me quedé pensando que durante una hora y media Sensé me había platicado de una bella experiencia que quería compartir, pero ¿quiénes eran el pintor y el fotógrafo?, quizá quería mantener el secreto o quizá lo había inventado todo para hacer de nuestro encuentro algo inolvidable, para así inyectarme un potente estímulo que me mantuvo en suspenso, después se bañó frente a ellos, me dijo, se frotó la pintura y su cuerpo apareció de nuevo, se quitó el disfraz de felino, fue la última ocasión que la vi antes del enojo.

50

Por ahora ella vive en mi memoria, no llama, no marca, no me busca, no está, claro, tengo la enorme fotografía, el cuadro y mi serie en el archivo, pero mi memoria lleva mucho más que imágenes, lleva el tono de su voz, lleva sus gestos, lleva su risa, lleva sus olores, muchos olores, mi memoria es mi mayor tesoro, quiero pensar que su desaparición tan sólo es una pesadilla, horrible, peor que cuando la veo con otros, los recuerdos me bombardean, la veo sentada de lado, con una camiseta blanca muy ligera, viendo a la cámara, ese día su cabello era oscuro y sin rizos, lacio, se ve muy bella y elegante, tiene sus brazos cruzados sobre las piernas y mi mirada puede ir hasta su torso, muy coqueta, después en mi mente se borraba la imagen y volvía a aparecer pero mucho más clara, una nubecilla blanca hace su aparición en los entretelones de mi mente, como si no hubieran dado tiempo suficiente al revelado, es entonces cuando de nuevo se desvanece para reaparecer todavía más deslavada y sus ojos se entristecen, como si estuviera diciendo adiós en pleno silencio, intento observar con toda la fuerza de mi voluntad para retener su imagen, sus cejas pobladas, sus labios juntos, su boca cerrada, su nariz robusta y el cambio ocurre otra vez, Sensé ya casi se difumina en el blanco y ahora sí la voy perdiendo, me cuesta mucho trabajo encontrarla, creo que ya no la veo, tan sólo imagino que la imagino y la desesperación me invade, sé que en el próximo ajuste habrá desaparecido y una angustia terrible se apropia de mí, tengo ganas de llorar y de pronto allí está la hoja en blanco y yo, impotente, temo que mi memoria me traicione, como de hecho lo hará, ya lo hace, la única manera de mantenerla viva es tener nuevas imágenes, nutrir mi archivo personalísimo, Sensé, regresa por favor, Sensé, no me abandones, Sensé, no seas así, pero sé que justo eso no puedo reclamártelo, me lo dijiste, lloro con lágrimas y lloraré sin ellas, pero mi llanto me ahogará.

51

Entra sin aviso y sin más me lanza, cómo vas, dos palabras que me dicen todo, sabe que su ausencia (tu ausencia) me avasalla, que la soledad me desuella, hoy que decidí dejarme atrapar por el gris sin reparo, justo hoy se aparece Samuel y, ante mi evidente apatía, empieza con la perorata de la importancia de nuestra comida de aniversario, de la tradición en el despacho, y de pronto con el dedo índice y el pulgar veo cómo se frota el labio superior, donde ha aparecido un bigotillo ridículo del cual seguramente se siente muy orgulloso, es él pensé, Samuel sí estuvo en la galería el día de la exposición, Samuel la vio, te vio, siempre ha sido un ladino, poco confiable, no había observado tu bigote, es nuevo, me dice, apenas un par de meses, lo interrumpo, no puedo contenerme, has regresado a buscarla a la galería, le pregunto, se queda callado, sospecha, su gesto cambia de inmediato, acorralado responde, no ya no, nada saben de ella y nunca está, es como un fantasma, pero en el camino cayó Yolanda, ladeo mi cabeza como lanzando un signo de interrogación, una alumna que estudia Derecho, ella sí de carne y hueso y con ella la paso sensacional, quieres ver una foto, no, gracias le digo apresurado, pero él insiste y saca su teléfono, claro, si él trae a Sensé desnuda en su pantalla, qué le cuesta mostrarme a la tal Yolanda, sin que yo le pidiera alguna explicación, me dice ya quité la de Sensé, se puso fea, no lo entiendo, algún gesto debo haber hecho, bueno, no ella, eso es imposible, la imagen se fue poniendo blanca, un escalofrío recorre mi cuerpo, si no está en la pantalla no existe, y de inmediato aparece en su aparato una muchacha muy joven, de falda muy corta, recargada en un automóvil, con las piernas cruzadas y el pelo negro sobre los hombros, guapa, le digo, gracias a ti, Luciano, a mí, ¿por qué?, Sensé me recordó lo que es la vida, nada más con verla en mi celular me acordaba de lo que estoy dejando ir por el trabajo, por cierto, ¿me podrías reenviar la fotografía, por favor?, la extraño, pero mi mente

está pensando en la invasión del blanco, te lo agradezco, me pasaste sangre, ahora Graciela ya nos descubrió y me dio un ultimátum, en esas estoy, ¿cómo lo ves? Se levanta confiado y antes de salir me pregunta levantando las cejas, como haciendo una travesura, si sabes algo de la tal Sensé, no se te olvide avisar. Pesado y orgulloso de su nueva vida, salió de mi oficina, quién lo iba a decir, el estable y conservador de Samuel, padre de tres, a los cincuenta, enloquecido por la foto de Sensé, se renueva con el bigote y carne fresca. Tienes razón, Sensé, no te mereces esto. Me quedé muy intranquilo, quería ir a casa a mirar la fotografía de Sebastián, el cuadro de Juan Pablo, mis fotografías en el portafolios negro, me sospechaba lo peor, mi miedo estaba justificado.

52

Qué decirte, cómo decírtelo, sé lo que quiero, que regreses, sé que te necesito aunque nunca seas mía, nunca lo fuiste, aunque nunca podamos ser pareja, eso lo tenías claro desde el parque, yo no, ahora te entiendo, me hice la ilusión de que eso era sólo el primer paso y que tú querías estar muy protegida, quién pensaría ahora que necesitas protección cuando al contrario, te miran como alguien de quien protegerse, aquí estoy, con tu figura en mi sala, más lejana, menos imponente, más suave, con tu imagen que me avasallaba por arrojada y bella, atrapado en recuerdos que se desvanecen, con la angustia de ir perdiendo claridad, deseoso de mirarte de nuevo, de ver esos ojos traviesos que saben de lo que eres capaz. ¿Qué debo poner en el teléfono? Ya sé quién es el invasor y no regresará, te cuidaré para que no te agredan, algo habré de poner para mandarte una señal, ven, Sensé, miro el cuadro de Juan Pablo sobre mi cama, pero tus ojos ya no tienen chispa, tu sonrisa ha desaparecido, tus manos se desdibujan, tus piernas ya no tienen perfil, toda tú te desvaneces, por favor regresa, que mi vida se cae a pedazos.

53

En mi naufragio regresé al pueblo minero en busca de ti, de mí, de nosotros, de un Luciano que conoció el color de la carne, que extraña el vértigo y depende de un Bicho que cada día lo traiciona más, fui al mismo hotel en busca de mis fantasmas y al ingresar tontamente pregunté por la misma habitación pensando que me traería recuerdos, el hombre de detrás del mostrador, con aliento remoto a tabaco, la piel reseca y el pelo blanco, sonrió con ironía y me preguntó, y dónde está la bajita pelirroja que se desnuda, en menudo lío me metió, esa noche bajaron dos huéspedes de un grupo, totalmente borrachos, y me empezaron a zarandear para que les diera el número de la habitación de la "damita", les mentí una y otra vez, pero insistieron con grosería, hasta que otros de sus acompañantes bajaron a detenerlos después de que un colega les avisó. Desconcertado y triste subí a mi habitación, Sensé había desaparecido, pero sus huellas rondaban. ¿Bajita y pelirroja?

54

Nunca te creí, pensé que era un artilugio, un torbellino de dudas me devora, no sé cómo acomodar las piezas, por momentos me río, en otras me sobrecojo, no puedo dejar de buscar tus imágenes, pero todas se están desvaneciendo, también en mi memoria, esas imágenes que consideraba compañeras permanentes.

55

Camino por el pasillo en busca de un café, de pronto Oscar me toma por la espalda y algo de espanto me recorre, ¿qué pasa?, le digo y sin más saca su teléfono, de nuevo sería la foto de Sensé, ese fue mi pensamiento, pero esa ya la había visto con él, me muestra otra, me la mandó un amigo, dice, y es una extraña fotografía retocada con lápiz, de la imagen original ya no queda nada, son ahora unos trazos humanos y allí aparece Sensé con una gran dosis de imaginación, mi amigo la tiene desde hace diez años, me dice, era una fotografía, un retrato, pero al poco tiempo empezó a desvanecerse, a difuminarse, a desaparecer, sonrío con ganas de llorar, tenía otras, pero todas corrieron la misma suerte, cuando le mostré el desnudo de Sebastián, me dijo así se veía, exactamente igual, esto es de hace unos meses, le dije, pues es la calca de la mujer que conocí, no pasa el tiempo por ella, me dijo que él no le había creído hasta que desaparecieron todas sus imágenes. Estás pálido, me dice Oscar, siéntate, la boca seca no me deja pronunciar palabra. Lo miro fijamente sin poderle explicar. Sensé desaparecía de nuevo.

56

Hablé con Juan Pablo, me prestó su camioneta después fui a la tienda para pintores y compré todo el material que me pidió, me encaminé a su estudio, llevé a Sensé encerrada en el rollo en que llegó a la casa y también con el cuadro, al verlo Juan Pablo se desconcertó y no supo qué decir. Allí comenzamos la titánica labor, cuadricular decímetro a decímetro, centímetro a centímetro, y con los lápices empezamos la reproducción, nos llevaría mucho tiempo, no preguntó nada. Me miró fijamente a los ojos, los dos pensamos en la línea del vientre, en la virginidad, y sólo le dije, es un misterio, nos abrazamos de forma prolongada, como si hubiéramos perdido a un ser muy querido.

57

Te invito a cenar, me dijo Sebastián, y fuimos al diminuto restaurante de vino y fondue, ya me separé, fue el coctel de bienvenida, todo se me sacudió, Luciano, ¿dónde está Sensé?, ni idea, le dije, y creo haberlo convencido, el peor de los mundos, mi relación familiar destrozada y Sensé, mi diosa, desaparecida y desapareciendo. No entiendo nada. Lo que está ocurriendo es, técnicamente hablando, inexplicable. Lo sé, le dije, es algo sobrehumano. Al despedirnos le di un abrazo cerrado, los ojos se le llenaron de lágrimas y empezó a sollozar, incontenible.

58

Regresé al parque, caminé desolado, triste, todo estaba de nuevo en su lugar, ya nada giraba, no había vértigo en mi vida, mi serie de fotografías ya era sólo un vago recuerdo, pues habían comenzado a desvanecerse, Sebastián tomaba y retomaba fotografías de sus fotografías con ánimo desesperado y sin tener una explicación guardé lo que sabía. Juan Pablo restableció la paz en su hogar y el gris en la oficina pasó a ser parte de la decoración, ya no me preocupaba. Sensé nunca más mandó un mensaje, nunca más llamó, en el último encuentro, antes de su enojo, de su desaparición, con sus descripciones me llevó a la locura sin quitarse una sola prenda. Al recordarlo, caminando por el mismo sendero en que la conocí, sus palabras vinieron a mí. Tu mirada fija, sin tregua, puede ser o una descortesía o una expresión de deseo, ¿qué es?, me preguntó entre los árboles, cualquier alternativa era mala, pero la descortesía me ofendió, tomé el riesgo, dije deseo, lo dije con miedo, así comenzó todo. No soy de aquí, soy una bruja, dijo riéndose, y lo interpreté como broma, no eres casado, afirmó, callé, lo sé, a ti no te puedo hacer daño, pero de todas formas cuídate, ten mucho cuidado, porque nunca dejamos de ser brujas, pero eso sí, las brujas también pedimos respeto, ¿de acuerdo?, y asentí, ¿listo para la aventura?, preguntó, sí dije, y nunca me he arrepentido.

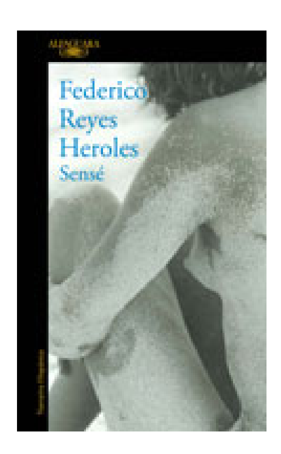
59

Llegué al teléfono jadeando de la tensión, era un mensaje, el último, fue casi lacónica: “*Ustedes son muy raros, muy egoístas y posesivos, ¿quién puede ser dueño de la belleza y de la pasión, de la vida?, por eso me tengo que ir. Creo que tú también eres brujo, chapucero, lo intuí, pero no lo supe leer, quizá por eso coincidimos. Todo comenzó con una explicación sincera, termina igual: ADIÓS*”. Temeroso, copié en papel cada palabra, poco después comenzó. Entonces su nombre se desvaneció en mi pantalla, también su teléfono en la memoria, en la desesperación intenté comunicarme, pero nunca entró la llamada, una grabadora me decía que el teléfono no existía, nada de ella existía más allá del Bicho, de mis recuerdos, de mi capacidad para evocarla. Así comenzó mi retiro de la aventura, con ella entré en el luminoso túnel y sin ella salí de él.

60

Hoy navego en sensaciones de ti, de mí, de ambos, de todos, navego en los recuerdos, navego sin rumbo, navego en las imágenes que también deambulan por mi memoria, de vez en vez giro con fuerza, cada día menos, el principio y el final se tocan, dudo que vuelva a haber otro principio para los dos, y al recuperarte en mi memoria, con la intención de no perderte nunca, de ejercitar el recuerdo como forma de sobrevivir, para que no haya un final definitivo, en mi mente lo primero que aparece es aquello que seleccioné como origen de la avalancha que hoy se desvanece, es tu sonrisa, ella sí, estoy seguro permanecerá, y mi voluntad caprichosa que la seleccionó justo a ella como tu mejor embajadora habrá acertado, tu historia hoy comienza y termina allí en tu sonrisa, y cuando me ven volar sin escoba y me preguntan, en qué piensas, por qué sonríes, me quedo callado, miro tu sonrisa con toda claridad, sin malicia, nada malo podía haber detrás de esa sonrisa, recuerdo tu generosidad incomprendida, me quedo sin palabras, qué decirles, hoy la gente no cree en las brujas.

«Y yo navegaba en sensaciones que ella provocaba, y adoraba el vértigo.»



La vida del abogado Luciano Talbek rebosa de éxito profesional y de gris monotonía hasta la tarde en que asiste a una galería de arte dedicada a promover artistas noveles y allí conoce a Sensé. Sensual, hermosa, Sensé es también cambiante: de una cita a otra, Luciano verá mutar el color de su cabello, de sus ojos, de su piel, como si en ella se despertara cada día una mujer sin edad, de distinta belleza y de idéntico misterio.

¿Quién es Sensé? No hay una sola respuesta. O sí, pero quizás para descubrirla sea necesario apostar el alma. En sus encuentros con Luciano habrá gozo, pero también el tormento infernal de los celos, pues a ella le complace jugar con el deseo.

Como su inasible protagonista, esta novela propone un encuentro. Quien acuda a la cita difícilmente podrá olvidarla.



Federico Reyes Heroles es escritor con distintas voces. Ha publicado alrededor de quince títulos, incluyendo cinco novelas de éxito: *Ante los ojos de Desirée*, *Noche tibia*, *El abismo*, *Canon* y *El Abecedario*, todas en Alfaguara. El resto de su obra se divide en ensayo filosófico de carácter universal: *Conocer y decidir*, y político: *Memorial del mañana*, ambas en Taurus; además, publicó en Alfaguara el ensayo biográfico sobre su padre titulado *Orfandad. El padre y el político*. Ha sido profesor universitario de epistemología por mucho tiempo y publica un comentario político semanal desde hace más de tres décadas. Su independencia de posturas y corrientes ideológicas le ha valido un amplio reconocimiento de sus muchos lectores. Su obra está cruzada por el rigor analítico y la frescura literaria que atrapan al lector. Polémico y polemista obligado, mantiene sin embargo su vida alejada del ruido.

Sensé

Primera edición: septiembre, 2018

www.megustaleer.mx

ISBN: 978-607-317-241-7

Penguin Random House Grupo Editorial

 /megustaleermexico

 @megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Índice